

## CAPÍTULO PRIMERO

LA CAÍDA DE ROMA Y DE CONSTANTINOPLA . . . . .	3
I. Los principios históricos . . . . .	3
II. Las crisis internas . . . . .	6
III. Las consecuencias primarias de la división del Imperio . .	8
IV. Las luchas por el poder político y militar . . . . .	9
V. La presencia de los pueblos germánicos . . . . .	10
VI. La posesión del Mediterráneo . . . . .	15
VII. Apertura hacia la Edad Media . . . . .	16
VIII. El desarrollo del Imperio en Oriente . . . . .	19
IX. Los periodos dinásticos de los emperadores bizantinos . .	21
X. El surgimiento del Islam . . . . .	42
XI. La caída final de Constantinopla . . . . .	45

*Jurisconsulti... quod positum in una cognitione est, id in infinita dispartuntur.*

*Cic., de leg. II, 19*

*Los jurisconsultos... dividen en infinidad de fragmentos lo que se funda en una sola idea.<sup>1</sup>*

1 Ihering, Rudolf von, en su obra *El espíritu del derecho romano (Abreviatura de, Revista de Occidente, Madrid, 1962, trad. de Fernando Vela, p. 346)* cita el pasaje del epígrafe como un indicio precioso de Cicerón, en el que censura a la jurisprudencia; apreciando que en él, denota la ausencia del sentido jurídico de su autor. En diversa traducción de Francisco Navarro y Calvo, el mismo texto transcrito señala, con la amplitud que corresponde a la supresión de los puntos suspensivos: “Pero los jurisconsultos, sea para cegarnos y rodear a su ciencia de mayor pompa y aparato; sea, y esto es más probable, por ignorancia de la enseñanza (porque existe una ciencia de enseñar como un arte de saber), dividen con frecuencia hasta lo infinito lo que podrían explicar sencillamente”. *Obras completas de Marco Tulio Cicerón. Vida y discursos*, Buenos Aires, Ediciones Anaconda, 1946, t. II, p. 702.

## CAPÍTULO PRIMERO

# LA CAÍDA DE ROMA Y DE CONSTANTINOPLA

### I. LOS PRINCIPIOS HISTÓRICOS

La culminación de los cuatro periodos del desarrollo de la jurisprudencia romana, que comprendieron el primitivo con la jurisprudencia pontificia; el helenístico, el clásico y el burocrático, que expusimos en la obra que antecede<sup>2</sup> a la presente, concluyen con la trascendental síntesis legislativa ordenada por Justiniano, que congrega la obra de los grandes y sabios jurisconsultos; dejando establecido para siempre, el legado de aquel derecho al mundo que le sobrevino, con el calificativo de *medieval* que algunos historiadores como Francesco Calasso le atribuyen, vinculándolo como una época que se inicia a partir de la caída —en el año 476 de la era cristiana— del Imperio romano de Occidente, la cual se prolonga durante mil años hasta el 29 de mayo de 1453 en el que se inicia el saqueo de la antigua Bizancio. Hay otros especialistas que postergan dicho espacio histórico durante cincuenta años más, hasta que ocurre el descubrimiento de América en 1492 y que algunos más señalan a partir de la invención de la imprenta, o con la aparición del protestantismo. En esos acontecimientos está latente un sentido del ritmo de los acontecimientos, que a la vez entraña un fenómeno de separación de la historia, lo cual ha permitido dividirla arbitrariamente por edades que van señalando en su lento y continuo transcurso, determinados rumbos a la vida de los hombres.

De todas maneras, podemos señalar que en el esquema de esas medidas cronológicas, aparecen cuatro épocas: Antigua, Media, Moderna y Contemporánea, cuya manera de interpretarlas permite constatar que las últimas se han hecho breves, reduciéndose el tiempo de su duración, ya que omite la consideración del Renacimiento, como pórtico indispensable para el acceso al modernismo y que, de todas maneras, permite apreciar

2 Magallón Ibarra, Jorge Mario, *La senda de la jurisprudencia romana*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1999.

lo artificioso de sus linderos, puesto que puede deformar la perspectiva que corresponde a la dinámica del ritmo de la existencia humana.

Señalado lo anterior, podemos decir que el advenimiento de la llamada Edad Media es solamente un símbolo, más que un límite divisional del desarrollo de la humanidad; parece desenvolverse sobre la cuenca del Mediterráneo, en la que perdura fundamentalmente el registro de los doce siglos de tradición romana.<sup>3</sup>

Sin embargo, el calificativo que históricamente se emplea, constituye un medio de discusión, con la limitante de una zona cronológica intermedia entre los dos periodos calificados como la *Edad Antigua* y la *Edad Moderna*. Esto hace más notorio el contraste que caracterizó a los diez siglos, que a partir del quinto de nuestra era, sobrevinieron a la caída del mundo de la antigua Grecia y Roma, aun cuando no se ha podido establecer con certeza una cronología que pudiera señalar con certeza, los linderos de su principio y fin; más bien, parece que el calificativo fue producto de la imaginación de los *humanistas* del siglo XV, para quienes solamente tenían valor dos épocas: la antigua y aquella en la que ellos vivían. Concurría un intermedio que calificaban como sombrío y bárbaro, lo que hace que siempre resulte complicado reconocer el deslinde cronológico tanto de su advenimiento como de su extinción.

Dentro de las anteriores consideraciones, podemos anticipar que los acontecimientos que se reconocen como clara manifestación del inicio de la Edad Media, lo son las invasiones de los pueblos llamados *bárbaros*, que culminan con la caída de la vida política y cultural del Imperio romano de Occidente, aun cuando existe otro criterio en el sentido de que no correspondió a los germanos el papel de destructores, en razón de que la descomposición interior que padecía ese Imperio, permitió a aquellos dar el impulso para su disolución final. Parecía menos difícil atribuir su conclusión al aparecer el fenómeno histórico del llamado *Renacimiento*, vinculado a la *Reforma*, tenida cuenta de que ésta quebrantó la antigua soberanía de la Iglesia universal.<sup>4</sup>

3 Romero, José Luis, *Historia medieval*, Enciclopedia Práctica Jackson, t. VII, W. M. Jackson Inc. Editores, Buenos Aires, New York, México, Habana, Caracas, Bogotá, Lima, Santiago de Chile, Montevideo, 1953, p. 197.

4 Kim, Pablo, *El Occidente desde el final de la Antigüedad hasta la desmembración del Imperio carolingio*, que es parte de la *Historia Universal* dirigida por Walter Goetz et al., cuyo Tomo III expone la temática de la *Edad Media hasta el final de los Staufen (400-1250)*. Versión española de Manuel García Morente, Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1955, pp. 17-22.

Una vez que habíamos concentrado la atención en el desarrollo de la jurisprudencia burocrática y su manifestación culminante en la compilación bizantina de Justiniano, resulta indispensable volver nuestros ojos hacia Occidente —con el índice de su cronología—, para constatar que historiadores como Walter Goetz, reconocen que el final del Imperio asentado en Roma ocurre a partir del año 476; así se marca el tránsito social de la Antigüedad a la llamada Edad Media, que constituye un nuevo periodo histórico con significación universal, habiendo culminado sus más altas y grandes expresiones en Grecia y en Roma.

Sin embargo, ya hemos considerado que la coexistencia y extensión del Imperio había impuesto la necesidad de su división; que a partir de las administraciones de Diocleciano y Constantino —definidas como sus dos grandes regiones Oriente y Occidente—, se reconoció la necesidad de establecer un régimen que garantizara la seguridad de tan extensas fronteras y que le permitieran armonizar un difícil equilibrio económico entre las regiones agrarias de Occidente, con las de Oriente, mediante una expresión preferentemente comercial y, sobre todo ello, velando por la estabilidad de su poder.

En otro aspecto, no dejaba de manifestarse un notorio cambio en la orientación de los problemas sociales internos, que se hacía muy evidente hacia la nueva presencia y concentración del concepto del individualismo, al irse logrando la disensión de los principios de la solidaridad en la vinculación familiar; se empieza así, a disgregar la rígida energía que caracterizaba la función de la potestad paterna —con la que su titular ejercía plenamente su poder—, sobre la amplia composición que integraban los miembros del grupo familiar que le estaba sometido. Quedaba manifestada una nueva expresión de las formas consensuales que requieren la voluntad de los contrayentes, para la celebración de las justas nupcias y aportando una notoria y distinta significación a la unión matrimonial; asimismo, la siempre desarrollada titularidad patrimonial de los hijos sobre su peculio que, a la vez, disminuían la capacidad económica del padre; con la emancipación de la mujer, que se liberaba de la potestad marital, conjugaban notoriamente el advenimiento de esos nuevos pasos indicativos de la autonomía del individuo, pero que paradójicamente lo van sometiendo —quizás de manera insensible—, como un sujeto dependiente de la creciente y rígida tutela del Estado.

## II. LAS CRISIS INTERNAS

Un claro testimonio con la semblanza válida que aporta el conocimiento de los orígenes de la grandeza de los romanos y de su decadencia, nos ha sido concedido por la maestra de la vida, como un relato que ahora se aproxima a los trescientos años y que constituye una viva y razonable recopilación de acontecimientos que fueron justamente analizados, ponderados y calificados por quien fue conocido como Barón de la Bréde y de Montesquieu, Carlos Luis de Secondat, quien tuvo el difícil privilegio de penetrar —de manera mejor que nadie— en el ideal del genio romano. De tal manera, su perspicacia le permitió considerar que podía ser que el azar fuera lo que gobernara al mundo, ya que éste es desarrollado tanto por valores morales como por acontecimientos físicos que en su momento, permiten la elevación y consolidación de los pueblos, hasta su permanencia o el naufragio. De ahí que si el resultado de una batalla ha tenido como consecuencia la pérdida de un Estado, como convicción expuesta por la filosofía de la historia, ella se debía a la existencia de una causa general que encadenaba y asimilaba los acontecimientos particulares.<sup>5</sup>

Dentro de las causas genéricas que Montesquieu advertía, reconocía que Roma practicaba permanentemente la guerra, pues sólo concertaba la paz como vencedora, lo que tarde o temprano la llevaría a perecer; sin embargo, dentro del arte que esa condición requería, observaba atentamente aquellos factores en los que el enemigo podía superarle, para ponerlos en orden. Por lo tanto, se preparaba con notoria prudencia y llevando a cabo sus acciones bélicas con inmensa audacia, de manera que ello le permitía ponerlas en practica cuando y en el lugar que mejor le conviniera.

Como causas que inician la descomposición que llegó a convertirse en pérdida de Roma, Montesquieu observaba que cuando la dominación se limitaba a la conquista de todas las regiones de la Italia, entonces la República podía subsistir; pero cuando la geografía se desbordaba y sus ejércitos pasaban los Alpes y el mar, sus legiones tenían que permanecer lejos de su hogar, empezando a disminuir los estímulos de los vínculos ciudadanos que les correspondían y sus jefes militares se constriñeron a

5 Véase Montesquieu, *El espíritu de las leyes* y su *apunte biográfico* por Sainte-Beuve, versión castellana de Nicolás Estévanez, Buenos Aires, Ediciones Libertad, Biblioteca Clásica de Obras Maestras, vol. 1, pp. 18-21.

confiar en su propia fuerza, al disminuir el sentido de la obediencia que le imponía la disciplina castrense.

El señalamiento de circunstancias como la anteriormente observada, permitía que los ejércitos hubieran perdido su vinculación con la República, y se confinaron a ser los incondicionales de su jefe, fuere Pompeyo o César. En ello se tuvo que reflexionar para reconocer si quien estaba al frente de sus legiones era su general o su enemigo, perdiéndose con ello el amor a la patria.

De lo anterior resultó que a partir del año 211 hasta el 285 —intercalándose en tal cronología varios usurpadores y rebeldes fallidos—, se manifestaron aproximadamente como veintiséis emperadores en Roma, de los cuales veintitrés fallecieron asesinados; concluyó dicha etapa en el último año antes señalado, cuando el general Diocles dio muerte al último de los predecesores para hacerse cargo del Imperio con el nombre de Diocleciano, en cuya función su primera decisión fue la de seguir vivo, ya que la mayoría de sus antecesores habían sido asesinados sin llegar a cumplir siquiera dos años de mandato.<sup>6</sup>

Señalado lo anterior y tenida consideración de la dimensión del Imperio, resultaba indispensable para los gobernantes prevenir las continuas sublevaciones o traiciones, lo que en su momento convenció a Diocleciano sobre la necesidad de diseñar un gobierno en el que habría dos emperadores y dos césares; manteniendo así cuatro poderes distintos, con sus propios ejércitos, que se verían intimidados entre sí mismos y que, careciendo uno de ellos de superior y suficiente fortaleza, se verían impedidos para proclamar como emperador a su jefe.

La observación de hechos como los que señalamos en los dos párrafos precedentes, permitieron a Montesquieu aseverar, sintéticamente, que los romanos impusieron sus máximas a todos los pueblos; pero al no poder subsistir su República, les fue imperativo cambiar de gobierno en el que emplearon reglas contrarias a las iniciales, con lo que abandonaron su grandeza y los caracterizó su decadencia.<sup>7</sup>

6 Treadgold, Warren, *Breve historia de Bizancio*. Título original: *A concise history of Zantium*, originalmente publicado en inglés, en 2001, por Palgrave, Nueva York. Trad. de Magdalena Palmer, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 2001, p. 20.

7 Montesquieu, *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos y de su decadencia*, París, Imprenta de J. Smith, 1825, pp. 7-8, 12, 18, 20, 54, 82-85, 97, 141, 163-165, 178-181.

### III. LAS CONSECUENCIAS PRIMARIAS DE LA DIVISIÓN DEL IMPERIO

Podemos señalar que la mensajera de la Antigüedad, registra como un difícil periodo del desarrollo político de la vida romana, aquella época calificada como la correspondiente a la del *Bajo Imperio*, que sobreviene después de la larga y arraigada crisis que durante el siglo III aflige la vida de la gran urbe.

En ese momento, se producen severas modificaciones en la composición básica de sus convulsionadas estructuras sociales, reconociéndose que a partir del gobierno de Cómodo (180-192 d.C.), se precipitan las fuerzas que estaban erosionando el sólido sedimento de su vida institucional y se hace patente el desencadenamiento del poder de los diversos ejércitos destacados en las provincias —que eran constantes retos a la autoridad central—, al grado que se desató la llamada *anarquía militar*, permitiendo que accedieran al poder varios jefes militares, que reclamaban para sí la investidura imperial.

Por otra parte, Caracalla —al expedir una Constitución en el año 212— concedió a todos los hombres libres del Imperio, la ciudadanía, contribuyendo con ello a relajar el orgullo de la significación política y social de las tradiciones sobre los orígenes romanos. Así, se propició que cada uno de los ejércitos regionales anticipara en su propio jefe militar la presencia del futuro emperador, permitiendo las luchas intestinas, aun cuando algunos como Póstumo en Galia y Ordenato en Palmira, se concretaran a independizar las áreas que se encontraban bajo su autoridad.

Los factores que señalamos se conjugaron con la desbordante aparición en las fronteras del Imperio, de las diversas oleadas de invasores germánicos, que al apoderarse de las provincias que llegaron a dominar, produjeron un periodo de sintomática disgregación.

Debe observarse que las invasiones realizadas por esos pueblos tuvieron trascendental significado, en cuanto a que la reacción primaria de Roma logra contener militarmente las primeras oleadas de los invasores germánicos; se ocupan de restablecer el orden Claudio II y Aureliano, al recuperar los territorios que habían sido despojados, pero dando lugar al advenimiento de un nuevo y diverso orden político que fue el del *dominatus* o *dominus*, como título que substituyó al de *princeps*, que a partir del año 284, sería encarnado por Diocleciano, al convertirse en un nuevo amo y

señor, al grado que impuso a sus súbditos la condición de servidumbre y que a manera de saludo, les exigió la sumisa genuflexión.

Como expresión de su mentalidad autocrática, el mencionado Diocleciano inició un periodo de centralización política mediante el intervencionismo económico en la vida del Imperio, con el propósito de mantener un rígido control entre las formas de la producción y el congelamiento del valor de los precios. De esas medidas surgieron *clases profesionales*, así como consecuencias financieras que hicieron más ricos a los ricos y más pobres a los que carecían de bienes. A la vez, persiguió ferozmente a los cristianos, que resistieron vigorosamente. En su momento, Constantino fue partidario de la tolerancia y Teodosio —como titular del poder imperial en los años de 379 a 395— estableció el cristianismo como religión única.

Cabe agregar que a finales del siglo IV —al sobrevenir en 395 la muerte de Teodosio—, se consumó la ya necesaria e inminente división territorial del Imperio, segregando de su parte occidental la amplia zona oriental y dándole con ello paso a una distinta composición étnica y social, al filtrarse dentro de sus fronteras los pueblos germánicos, que empezaron a incorporarse a la vida de sus comunidades, de manera que sus miembros participaban en las actividades económicas, políticas y sociales que en ellas se desarrollaban, al grado que llegaron a absorber las labores de dirección y gobierno; ello propició que, aun cuando el Imperio subsistía, lo hacía como un viejo odre en el que el vino se renovaba lentamente. A partir de esos acontecimientos, se atribuye al siglo V el principio de la llamada Edad Media.<sup>8</sup>

#### IV. LAS LUCHAS POR EL PODER POLÍTICO Y MILITAR

En un ambiente de notorios y penetrantes cambios sociales, al sobrevenir la muerte de Teodosio, tal acontecimiento provoca una profunda grieta política, pues obliga a que el Imperio fuere gobernado por sus dos hijos: Honorio y Arcadio. Honorio, que era menor de edad, se hará cargo de reinar en Occidente (395-423), sujeto a la tutela de Estilicón a quien se otorga el mando de los ejércitos de aquella región; y Arcadio, en Oriente (395-408). Estos hermanos, en lugar de aparentar un principio de la uni-

<sup>8</sup> Romero, José Luis, *Historia de la Edad Media*, Primera Parte, México, 1a. edición 1949, Octava reimpresión 1974, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 12, pp. 9-17.

dad que habían heredado, generaron entre ellos una notoria grieta al mostrarse abiertamente como soberanos enemigos; influyó como factor político que entonces se hizo presente, el que las minas de plata de Macedonia —en la región de la Iliria— quedaran bajo la hegemonía del Oriente, lo que provocó que el presupuesto del Imperio occidental se redujera y comparativamente apenas alcanzara a un tercio de aquel que correspondía al oriental.

No puede dejar de observarse que Estilicón ejercía su influencia militar y política sobre ambos emperadores; pero ello no constituía un impedimento para que cada una de las dos partes —de manera autónoma—, llevara adelante su propia política. Así pues, el galo Rufino, que desempeñaba la función de prefecto del pretorio en Oriente, se oponía tenazmente a las pretensiones de Estilicón, que llevaba adelante tentativas directas para tener el control de las riquezas mineras antes mencionadas.

Finalmente, Rufino pereció asesinado por orden del propio Arcadio. Ese acontecimiento determinó que sus propios ministros escogieran a un hombre que el destino había anticipado para mandar sobre Roma: Alarico, a quien se seleccionó como comandante en jefe de los ejércitos de Iliria —en la zona de las márgenes del Mar Adriático, que es la actual Bosnia y Herzegovina, que formaban parte de Yugoslavia—, para enfrentar las ambiciones de Estilicón y ser un freno para las ambiciones de Occidente.<sup>9</sup> Tiene singular importancia señalar que la estirpe de príncipe germano distinguía a Alarico como miembro de la familia de los Baltos, a quien se le había permitido hacer una carrera ascendente como oficial en el ejército romano, hasta llegar a ser un jefe militar con el grado de general. Adicionalmente, se había convertido en caudillo de los visigodos, para quienes buscaba un asentamiento en un territorio seguro dentro del Imperio.

## V. LA PRESENCIA DE LOS PUEBLOS GERMÁNICOS

Los registros cronológicos no son ajenos a la participación de los llamados *bárbaros*<sup>10</sup> en la descomposición del Imperio romano occidental,

9 Pirenne, Jacques, *Historia universal Las grandes corrientes de la historia*, vol. 1o. *Desde los orígenes al Islam (siglos XXX a.J. al VI d.J.)* Grolier International, Inc. W.M. Jackson, Inc. Versión española de la 4a. ed. francesa de Julio López Oliván, José Plá y Manuel Tamayo, Barcelona, Editorial Éxitos, 1972, pp. 406-423.

10 Este vocablo tiene la misma expresión en griego y en latín y era el calificativo que en Grecia se atribuía a todos los extranjeros y enemigos, incluyendo a los romanos; y su expresión se vinculaba

pues no obstante que el desarrollo de la vida del pueblo romano se había concentrado en la zona del mar Mediterráneo, no podemos soslayar que existían otros grupos étnicos en la Europa centro-septentrional, que mantenían una existencia nómada o semi-nómada; pero que a partir del siglo II se manifestaron, genéricamente, como migraciones y desplazamientos de pueblos germánicos, descendientes en su mayor parte de Escandinavia, que se dirigían hacia el Occidente y el Sur, en busca de climas benignos y tierras fértiles en la zona que se calificaba como *mar nuestro*.

La tradición histórica reconoce a los *hunos* como un poderoso y belicoso pueblo asiático, que dirigiéndose hacia occidente (372), arrollaba a quienes encontraba, por lo que preferían huir a ofrecer resistencia a esos jinetes mongoles, cuya presencia estremecía y espantaba a quienes los veían, a la manera como lo hicieron los *godos* cuando se encontraban en las dos orillas del Dniester.

Por su parte, los *ostrogodos* —que se localizaban al oriente del mismo río— retrocedieron desordenadamente y respecto a los *visigodos* —que se localizaban al poniente—, continuaron el impulso de sus vecinos, ya que de resistir quedaban en la alternativa de perecer o quedar prisioneros. En razón de su marcha, llegaron a la frontera del Danubio y como estaban aterrados, pidieron paso y al serles concedido, rebasaron las fronteras del Imperio romano, que así se percató de la presencia física de todo un pueblo, con propia soberanía y rey: el ya mencionado Alarico, quien era jefe

a un sentido maligno, que conjugaba vicios y salvajismo. Los romanos profirieron la misma denominación a todos aquellos pueblos que no se encontraran bajo el influjo y dominación greco-romana. Por otra parte, dicese bárbaros a los componentes de las hordas o pueblos que en el siglo V, abatieron al Imperio romano y se difundieron por la mayor parte de Europa; considerándoseles como fieros, crueles, arrojados, temerarios, incultos, groseros y toscos. Denis Hays explica que los términos “civilización” y “barbarie” no existían —en el sentido actual— en la “Antigüedad” ni en la “Edad Media”; pero en la primera de esas Edades, los griegos y romanos tenían plena conciencia de la oposición entre su estilo de vida “civil” y lo que era bárbaro, ya que se le atribuía dicha calificación a la tierra extranjera, al margen de Grecia y Roma; considerando que los habitantes de esas regiones eran rudos, salvajes, crueles e ignorantes. Véase *El concepto de cristiandad* que expone dicho autor, dentro de la colección *Historia de las civilizaciones*, 5, *La Alta Edad Media. Hacia la formación de Europa*, sección: Humanidades, bajo la dirección de David Talbot Rice. El Libro de Bolsillo Alianza Editorial Madrid/México, Editorial Labor, S.A. Título original: *Dark ages*, publicada en inglés por Thames & Hudson, Ltd. de Londres. 1a. ed. en “El Libro de Bolsillo: 1988 (Madrid); 1a. reimpresión en “El Libro de Bolsillo”, México, 1989. Alianza Editorial Mexicana, 1989. PP. 489-490. Confírmense estas referencias en *Encyclopaedia britannica*, vol. 30. Encyclopaedia Britannica Inc. Chicago-London-Toronto-Geneve-Sydney-Tokio-Manila-Johanenesburg, 1973, p. 147 y en *Diccionario enciclopédico abreviado*. 2a. ed. t. 1, Espasa-Calpe Argentina, S.A. Buenos Aires-México, 1945, p.769.

nacional de su pueblo, que abandonaba sus antiguos lares para encontrar y ocupar nuevos asentamientos.

Ese advenimiento entrañaba una situación paradójica, que trató de ser resuelta cuando se incorpora al propio Alarico al ejército romano en su calidad de general, que así entraba a formar parte de la administración romana, con la que entonces lograron federarse transitoriamente, de manera que con ello esquivaron la dominación que hubieran podido imponerles los *hunos*. No obstante, los visigodos tuvieron numerosas y constantes fricciones con los romanos, resultantes de las exigencias de tierras y de la pretensión de obtener una residencia definitiva, hasta desembocar en la guerra, en la que el 9 de agosto del 379 ocurre la batalla de Andrinópolis, en la que muere el propio emperador Valente.<sup>11</sup>

Teodosio —como sucesor de Valente— reorganiza el Imperio y establece la paz con sus adversarios, incorporando al ejército a un gran número de sus antiguos enemigos, que así quedaron en condiciones de acceder a los más importantes puestos de la jerarquía civil y militar. El más notable de ellos fue el mencionado Alarico, quien se distinguió por su decisión en el campo de batalla, al servicio de las armas romanas; pero que a la vez se apoderó de una buena parte del territorio de Italia, habiendo sido derrotado en dos fragorosas batallas por Estilicón,<sup>12</sup> a quien se había sometido y puesto a su servicio a cambio de la entrega de 4,000 libras de oro.

Poco tiempo después de los sucesos antes considerados, Estilicón fue asesinado por sus propios soldados, permitiendo ese acontecimiento la transformación del propio Alarico, quien —a partir de ese momento— abandonó su investidura como jefe militar romano, para ostentarse ya como jefe godo. Esa condición le permitió reclamar a Honorio el asentamiento de su pueblo en la región de la Panonia —que había sido una provincia en la zona del Danubio, sometida al Imperio romano desde el año 9, y que hoy es el territorio de Hungría.<sup>13</sup>

11 Pirenne, Henri, *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI*, versión española de Juan José Domenchina, México, Fondo de Cultura Económica, 1a. ed. en español, 1942, 7a. reimpresión, 1995, p. 20.

12 *El mundo de la historia*, textos de Franco Agostini, Silvana Ozoese Collodo, Federico Seneca y Letterio Briguglio, Ediciones Océano, S.A. *Las invasiones germánicas*, título original *Il mondo della storia*, de la colección "Colorama", Milán, 2a. ed. de Armando Mondadori Editore, 1976, trad. Ventura Seguí, 1a. ed. Impreso en España, p. 144.

13 Véase que este territorio era una provincia danubiana sometida al Imperio romano desde el año 9, que en 453 cayó en poder de los *ostrogodos* y en 527 de los *longobardos*, quienes la abandonaron a los ávaros en 568. *Diccionario enciclopédico abreviado*, 2a. ed. t. V, Espasa-Calpe Argentina, S.A., Buenos Aires-México, 1945.

Como el emperador se negó a aceptar las pretensiones que le planteaban, surgió el conflicto, propiciando la furia de Alarico que sin obstáculo, lo llevó a ocupar y saquear a Roma durante los días 24 a 26 de agosto del año 410. Una vez que tuvo el dominio total de la península, se dirigió al extremo sur de ella con el propósito de dirigirse a África; pero la fortuna le fue adversa, ya que víctima de una enfermedad, falleció poco tiempo después. Los registros históricos indican que su pueblo decidió desandar el camino y ascendiendo hacia el norte llegó hasta la parte meridional de las Galias, en las que se asentó, así como en una buena parte de España. En esas condiciones, resulta explicable que Roma se conformó con la situación de hecho que prevalecía y la regularizó mediante los nuevos pactos que concertó.<sup>14</sup>

Con bandas de *suevos*, los *vándalos* cruzan el Rin y se dedican al cruel saqueo. Continúan descendiendo por la Galia y desbordando los Pirineos, llegan y entran a saco a Roma,<sup>15</sup> en el año 455; se prolongó su internamiento hasta las costas del mar Mediterráneo, hasta lograr instalarse en el sur de España y en las costas de África. A la vez, los *burgundos* siguen la corriente del Ródano y se dispersan en el golfo de León. Los *alemanes* se dedican a colonizar el territorio de Alsacia. Por su parte, los *francos ripuarios* se establecen en la zona de Colonia hasta el Mosa. Los *francos salios* se concentran en las llanuras del Escalda y del Lys.<sup>16</sup>

Un diverso ataque, con su consecuente invasión, lo sufre la península itálica. Grupos germanos comandados por Radagaiso, desbordan la región de los Alpes y demandando tierras, avanzan hacia Roma por la Galia cisalpina. En esa ocasión, Estilicón había rechazado el ataque en 405; pero finalmente Alarico —como comandante de los *visigodos*—, vuelve a tomar el camino hacia la Ciudad Eterna, que sin resistencia contempla el saqueo.

Es oportuno agregar que los *ostrogodos* —que habían resultado vencidos en el siglo VI—, se incorporaron al peligro amarillo que eran los *hunos* en el avance que dirigía Atila —apodado *Azote de Dios*— hacia Occidente, quien instalado en Panonia, desde el año 445 se había convertido en único rey de los hunos y había integrado su corte rodeándose de ilustres romanos que tenía a su servicio. Dentro de sus ambiciones pretendió casarse con una princesa imperial, para cuya dote pidió se le entregara el

14 Pirenne, Henri, *op. cit.*, nota 11.

15 *Ibidem*, p. 23.

16 *Ibidem*, p. 21.

dominio de la Galia. Como fue rechazado, decidió invadirla, encargándose a Enio la defensa de los territorios romanos, que para enfrentarse contra las hordas de Atila concertó alianza con visigodos, burgundios y francos, quienes conjuntamente —en 451— vencieron a Atila en los Campos Cataláunicos, cerca de Troyes; lo obligaron a replegarse hacia Italia, a cuyo encuentro salió el Papa León El Grande. Ello determinó la retirada de Atila, quien murió dos años después.

Al considerar las circunstancias que se señalan, podemos agregar que a la muerte de Atila, Genserico se apoderara y a la vez, saqueara Roma. Todo ello propiciaba la desintegración del Imperio romano de Occidente, teniendo especial significación que la Isla de Bretaña fuera evacuada por las tropas romanas desde el año 442; desde entonces quedó bajo la sujeción de los anglosajones. Era evidente, pues, el hundimiento del Imperio occidental, determinado por la derrota naval que le había infligido el propio Genserico y la guerra contra los hunos, que ahuyentaron a Constantinopla de toda intervención en Occidente desde el 441, que para entonces ya estaba perdido. Así puede confirmarse —con Henri Pirenne—, que ya no había emperador y que el Imperio ha desaparecido con él. En ese instante opera aquel aforismo romano que afirmaba “*En materia de posesión, la ocupación equivale a propiedad.*”<sup>17</sup>

Para concluir con la consideración de los episodios antes mencionados, debe recordarse que el fin sobrevino en 476, cuando el ejército bárbaro acantonado en Italia, al carecer de provisiones y cortadas sus comunicaciones marítimas, se sublevó y designó para el trono a su jefe Odoacro, que era un comandante germano de la tribu escita que se había establecido en la llanura húngara, quien como tal, era en realidad un bárbaro apenas romanizado.

No obstante ello —aun cuando quizás por eso—, en consulta con el Senado romano, proclamó que un solo emperador romano era indispensable para gobernar y reconoció la primacía de Constantinopla; habiendo aceptado permanecer como rey, que era el título que sus soldados le habían conferido para administrar Italia, pretendió salvarla y aparentar un ficticio restablecimiento de la unidad de un Imperio que había sido notoriamente cercenado.

De lo anterior, podemos verificar que los últimos acontecimientos determinaron que Italia fuera gobernada por Odoacro, utilizando el título de

17 *Ibidem*, p. 23.

patricio designado por el monarca de Oriente, lo que le permitió durante trece años mantener la autoridad imperial, hasta que fue vencido por el ostrogodo Teodorico, que habiendo sido designado por Zenón, que entonces era emperador de Oriente, marchó contra Roma; combinando en su persona una triple condición: proclamado rey godo en el año 491; general romano; y representante del emperador bizantino Anastasio, conjugó esas tres circunstancias que en su momento le permitieron consolidar bajo su autoridad una amplia parte del Imperio occidental, consistente entonces en la Italia y Sicilia, España, la Francia meridional, Retia, Nórico, una parte de Panonia y Dalmacia. Su muerte llegó en 526, de manera que Justiniano, asentado en el Oriente, constató la posibilidad de restablecer la antigua unidad del Imperio.<sup>18</sup>

La síntesis de las invasiones de los pueblos germánicos puede reconocer que los reinos bárbaros que resultan del reparto del Imperio de Occidente presentan un perfil común: no constituyen un grupo de Estados bárbaros, sino reinos romanos barbarizados. Lo son, porque anhelan ser romanos y corresponde a las tradicionales estirpes de juristas, la codificación de las leyes germánico-romanas. En esas condiciones, el espectáculo que ofrece aquel mundo es el de la caducidad de la civilización, que Gregorio de Tours resume con desaliento: *Mundus senescit* (el mundo envejece).<sup>19</sup>

## VI. LA POSESIÓN DEL MEDITERRÁNEO

Poseé una gran significación histórica el que mientras no constituyeran una amenaza a la seguridad de la navegación marítima, que tenía enorme importancia para Oriente, el mismo Teodosio II no intervenía en los conflictos bélicos que afrontaba la región occidental. Sin embargo, no se mantuvo dicha situación en forma permanente, puesto que en el año 427 —comandados por Genserico— los vándalos cruzaron la Galia y llegaron a España, en la que ocuparon el importante puerto de Cartagena, para cruzar al continente africano. Instalarse en ese lugar les permitió, en 445, apoderarse de Cartago y convertirse así en dueños del Mediterráneo central, incluyendo las islas de Cerdeña, Córcega y Baleares.

18 Goetz, Walter, *op. cit.*, nota 4. *Desarrollo de la humanidad en la sociedad y el Estado, en la economía y en la vida espiritual. Hélade y Roma (Desde fines del Imperio de Occidente hasta el universalismo de Justiniano*, por Ernst Hohl, s. e. tomo II, pp. 529-533 y pp. 40-48.

19 Pirenne, Henri, *ibidem*, p. 29.

En el año 367, los celtas de Irlanda y Escocia se habían ya sacudido el dominio romano, aun cuando poco tiempo después, los sajones habían subyugado a los primeros y ocupaban la zona oriental. En fin, la catástrofe que significó la caída del Imperio romano de Occidente quedó definida en el siglo V y los pueblos germanos que lo habían derrotado, iban a tener que asentarse definitivamente y presenciar cómo los francos se habían apoderado de toda la Galia, sometiendo a los burgundios, alanos y visigodos. Por su parte, Italia había soportado a Atila, Alarico, Genserico, Teodorico y Odoacro.<sup>20</sup>

Quizás los acontecimientos de los que hemos tenido consideración, permitan reflexionar sobre el lacerante espectáculo de un largo proceso de desintegración que vino padeciendo una Antigüedad decadente, para que en su caso, pudiera concebirse como una época indispensable y necesaria de transición y de preparación para una nueva y mejor vida, permitiendo con ello el dar lugar a las acertadas palabras de Séneca:

Desinunt ista, non pereunt (abandonada quedó; pero no muerta).<sup>21</sup>

## VII. APERTURA HACIA LA EDAD MEDIA

Con los hechos de los que hemos dado cuenta, hemos podido constatar la terminación de un largo proceso cronológico, que a la vez se convierte en la apertura de un nuevo periodo en el que surgen pueblos nuevos, principalmente celtas, germanos y eslavos, que restituyen al Occidente la iniciativa de los acontecimientos que proveen a los registros sociales una nueva proyección y una nueva dimensión.

En efecto, los celtas constituían una nación que se estableció en parte de la antigua Galia, de manera que geográficamente comprendía dos regiones: la cisalpina que mantenía los territorios de la Italia septentrional, y la transalpina, ubicada entre los Alpes, los Pirineos, el océano y el Rin, que fue sometida al dominio romano por César de 58 a 50 a. C. y que Augusto, posteriormente, dividió en cuatro provincias: Narbonesa, Aquitania, Lionesa y Bélgica, en las que se fundaron importantes ciudades como Lyon, Arles, Toulouse, Burdeos, Lutecia y Orleans.<sup>22</sup> Los mismos celtas ampliaron sus dominios a las islas británicas y España, a partir del

20 *Idem.*

21 Hohl, Ernst et al., op. cit., nota 4 y Pirenne, Jacques, op. cit., nota 9, p. 540.

22 Pirenne, Jacques, op. cit., nota 9, t. III, p. 506.

año 550 a. C., en las regiones en las que actualmente se localizan las provincias de Zaragoza, Teruel, Cuenca, Guadalajara y Soria, mezclándose con los iberos, para formar el pueblo de los celtíberos. A partir de la conquista de César, se romanizaron.<sup>23</sup>

Los acontecimientos que acaecieron confirman que los germanos emplearon una extraordinaria fuerza expansiva, que permitió se transformara a los celtas y a los romanos que ocupaban la Galia, en el pueblo francés. A la vez, es ostensible que obtuvieron la propia conversión de los romanos que residían en los territorios de Italia, para convertirse en italianos y que de igual manera, lograron que los celtas y britanos de Inglaterra, transmutaran sus orígenes para dar cauce al pueblo inglés.

A lo anterior debemos, necesariamente, agregar que encontraron en el suelo alemán grupos celtas, alpinos y romanos, así como en el Oriente a los eslavos, que se mantuvieron en Polonia, de manera que crearon un pueblo ruso con la conjugación de los distintos grupos étnicos que ocupaban la enorme extensión rusa, a quienes se denominaban checos, eslovacos y eslovenos, que llegaron a penetrar en Rumania, Bulgaria y Grecia; constituyeron estas mezclas raciales un importante significado distintivo de la Edad Media, que permite destacar la notable contribución de los pueblos germánicos y de los germano-románicos —a partir de la caída del Imperio romano de Occidente— para el desarrollo del periodo medieval, hasta el acrecentamiento de los Estados nacionales europeos.<sup>24</sup>

En valiosa síntesis de los acontecimientos que relatamos, Walter Goetz señala como sedimento básico de la proyección a la que llegaron los que en un principio fueron llamados *bárbaros*, el enlace indisoluble de la unidad cultural constituida entre todos esos pueblos de Occidente; no obstante las múltiples guerras que se desencadenaron entre ellos, parece indiscutible que es la fórmula que constituye el hecho magno del periodo medieval.

En razón de ello, dicho autor aprecia que la denominación *Edad Media*, en sí, como vocablo, carece de valor; pero preferentemente indica la presencia de una solidaridad íntima entre todos esos pueblos. Por ello, rechaza —a la vez— que pretenda identificársele como una época de obscuridad y letargo, ya que la reconoce como un grado necesario de la evo-

<sup>23</sup> *Ibidem*, t. II, p. 215.

<sup>24</sup> Goetz, *Walter et al.*, *op. cit.*, notas 4 y 18, t. III, *La Edad Media hasta el fin de los Staufen (400-1250)*, versión española de Manuel García Morente, pp. 3 y 4.

lución cultural de Occidente; agrega que constituye una ley histórica el que los círculos culturales que se integran, lleguen a tener una cohesión que los impulsa hasta lograr ascender incesantemente, apoyados siempre en los valores morales que les permitieron educar a pueblos antiguos para infundirles una cultura superior; así, se observa que el planteamiento correspondiente a todo desenvolvimiento social, requiere que los conocimientos primitivos se transformen en superiores.

De ahí que se deba reconocer que la Edad Media es, en sí misma, una fuerza ascendente que se logra desde la creación de nuevas naciones que tenían una distinta concepción del Estado, de la economía, de la religión, de las ciencias y de las artes; que poseen en común un vértice esencial del crecimiento biológico, que se encuentra unido al llamado advenimiento orgánico.<sup>25</sup>

En ese aspecto, el mismo Goetz agrega que los primeros siglos de la Edad Media fueron meramente receptivos, ya que inicialmente, los conocimientos aportados por la Antigüedad y la renovación espiritual que imponía el cristianismo —que proponía la unión religiosa de toda la humanidad— no podían ser entendidos por aquellos pueblos, sino en sus formas más elementales; pero que debe reconocerse que la Edad Media abrió las puertas del acontecer histórico a los pueblos germano-románicos de Occidente, de manera que ello les permitió convertirse en los herederos del viejo mundo mediterráneo oriental, para conservar sus tradiciones espirituales y artísticas.

Aun concediéndoles las oportunidades para formar sus propias culturas nacionales y la cohesión de poderosas fuerzas que lograron dominar al mundo entero,<sup>26</sup> el mismo autor rechaza que pueda considerarse que la Edad Media haya sido una *Edad de Oro*.<sup>27</sup> Sin embargo, no puede soslayarse que el propio mundo medieval elaboró el criterio de que en su región occidental se encontraba el centro de la historia humana, ya que la aportación del cristianismo consideraba que la vida de los pueblos que reconocían su fe, eran orgullosamente los elegidos para llevar hasta su debido fin la historia de la propia humanidad.<sup>28</sup>

25 *Ibidem*, pp. 4-6.

26 *Ibidem*, p. 10.

27 *Ibidem*, pp. 6-9.

28 *Ibidem*, p. 10.

## VIII. EL DESARROLLO DEL IMPERIO EN ORIENTE

Hemos señalado, anteriormente, que a partir del gobierno de Diocleciano se inició la división política del Imperio mediante la centralización absolutista que llevó a cabo, con el reconocimiento de que la reforma administrativa que había emprendido requería, además, un cambio en la estructura de los ejércitos, de manera que se eligiera como comandantes de ellos, a generales con amplia experiencia; formados en las rigideces de la disciplina y obediencia militar, se preveía con ello evitar, que en un momento dado, un jefe victorioso pretendiera usurpar el trono. Lo anterior explica que aumentara el número de las provincias y se redujese proporcionalmente el de las legiones que se encontraban bajo el mando de un solo jefe, de manera que le resultara fácil restablecer la autoridad del emperador; lograba con ello incorporar a su sistema de gobierno, el sentido de una soberanía absoluta —a la manera que los persas cultivaban en su corte— rodeando al gobernante con un aislamiento y esplendor orientales, de manera que se produjera la transformación del *príncipe* original, al *monarca divino* que había recibido su autoridad del cielo y que por ello sus vasallos le reverenciaban y ante el cual se prosternaban.<sup>29</sup>

Con la práctica de las fórmulas de que damos cuenta, Diocleciano inició esa dualidad de gobiernos que en realidad y en su intención, era un esfuerzo político que intentaba mantener el Imperio único, aun cuando el resultado objetivo fue desplazar los centros militares, religiosos y económicos hacia el Oriente, con la exigencia de que quien gobernara en ese extremo, requeriría la existencia de una capital oriental.<sup>30</sup>

Así se confirmó que en los doce siglos de su existencia, a partir de su fundación como lo sostenía la leyenda de Rómulo, llegaba Occidente a su fin; contribuyendo básicamente a ello, las manipulaciones políticas y militares ejecutadas por los jefes y generales de sangre germánica, para el destronamiento de su último emperador —que en realidad era un usurpador— y coincidentemente llevaba como nombre Rómulo Augústulo, ya que el título le correspondía legítimamente a Julio Nepote, quien era el que tenía el reconocimiento de Constantinopla y que permaneció en Dalmacia hasta el año 480.

29 Baynes, Norman H., *El Imperio bizantino*, trad. de María Luisa Díez-Canedo y Francisco Giner de los Ríos, México, Breviarios del Fondo de Cultura Económica núm. 5, 1a. ed. en español 1949, 7a. reimpresión, 1996, pp. 11 y 12.

30 *Ibidem*, pp. 12 y 13.

Las bases geográficas de la región que sobrevivió, estaban constituidas por las provincias de la península balcánica comunicadas con todas las islas griegas, además de la región anatólica, con Siria, Egipto y África. De ahí que desvanecida la influencia latina, sobrevino la transformación de aquello que había sido el Imperio romano, para constituirse el bizantino, que se encontraba gobernado por el *basileus ton pomaion*, que a partir del siglo IX era el título oficial que correspondía al emperador de Bizancio.<sup>31</sup>

La concurrencia de los factores sociales que mencionamos en las líneas precedentes, exigieron la definitiva disgregación del Imperio, aun cuando en la mentalidad de sus miembros subsistía la idea antigua de la unidad romana, que en su momento la Iglesia cristiana cuidó de consolidar, fortalecer y conservar; propiciábase la distinta imagen de un mundo que se expresaría en la temprana Edad Media, a la que se atribuía la legítima y directa herencia del Bajo Imperio.<sup>32</sup>

Es evidente que una vez producida la caída de Occidente, la atención de nuestra labor vuelve a recaer en el Imperio bizantino, que en realidad estaba constituido por una extensa variedad de pueblos con distintos orígenes étnicos, culturales y lingüísticos; pero ante todo ello, Constantinopla —durante el siglo VIII— continuaba manteniéndose fiel a sus tradiciones como una polis antigua, conservando su organización cívica y concentrando las actividades industriales y del gran comercio marítimo. Además, se había integrado como sede de una gran burocracia y de su propia universidad; destaca el hecho de que el verdadero valor histórico que ella merece —a pesar de los asedios que constantemente llamaban a sus puertas—, fue el mantenerse en un mundo de barbarie como cabeza de la civilización europea.<sup>33</sup>

Sobre la misma materia considerada en el párrafo precedente, cabe agregar que en el estudio formulado por J.M. Hussey sobre el mundo bizantino de los siglos IX y X, el autor aprecia que durante los años comprendidos del 820 al 1025, los estadistas y jefes militares que tuvieron las responsabilidades inherentes a sus funciones, fueron personas altamente capacitadas que le permitieron mantenerse —mediante una hábil diplomacia vigilante dirigida hacia sus vecinos hostiles— con el estableci-

31 Pirenne Henri, *op. cit.*, notas 14, 15 y 16, p. 31.

32 Romero, José Luis, *op.cit.*, nota 3, p. 18.

33 *Historia de las civilizaciones*, vol. 5, *op. cit.*, nota 35, pp. 169-175.

miento de principados eslavos en las antiguas provincias romanas de los Balcanes, de manera que le fortalecieran ante los asedios del Islam.<sup>34</sup>

## IX. LOS PERIODOS DINÁSTICOS DE LOS EMPERADORES BIZANTINOS

Cuando hacemos mención a periodos cronológicos, indudablemente que comprendemos en ello a ciertos espacios de tiempo, a los que Arnold Toynbee, con la percepción que le daba el sentido de la inmensa continuidad de la historia —en su condición de Director de Estudios del Instituto Real de Asuntos Internacionales— calificaba a los periodos como *cortes arbitrarios, si bien inevitables, practicados a lo largo del continuo fluir de la historia. Esta disección artificial, de lo que en realidad es una unidad, constituye una operación intelectual ineludible, por la sencilla razón de que la mente humana es un instrumento imperfecto, y para manipular sus objetos necesita fragmentarlos en unidades que sean manejables a expensas de resultar artificiales.*<sup>35</sup>

### 1. Primer periodo (337-518)

#### A. La dinastía constantiniana

La ciudad que llevó el nombre de Constantino se convirtió en el símbolo de la conjugación de las tradiciones romanas y cristianas.<sup>36</sup> Sin embargo, Bizancio no perdió su significación, puesto que en la gran variedad de manifestaciones políticas, económicas y espirituales siempre mantuvo su soberanía como sede del Imperio y aun cuando el helenismo era el que integraba su espíritu, ese acontecimiento ocurrió en forma paralela a la adopción de la fe cristiana como religión de Estado; se dio la significación de que aun cuando el *latín* era el idioma oficial, todas las demás actividades, como el comercio, la ciencia y el arte, se manifestaban en griego.

No debemos soslayar que todavía durante el siglo IV, la urbe no podía competir en importancia con los tres grandes centros culturales del hele-

<sup>34</sup> *Ibidem*, pp. 176-186.

<sup>35</sup> Toynbee, Arnold *et al.*, *Historia de las civilizaciones*, núm. 4, *El crisol del cristianismo. Advenimiento de una nueva Era*, bajo la dirección del propio autor, trads. Alcorta Echenique, Javier, Alvarado Daza, Julio, Rimbau Sauri, Esteban, 1a. ed. en “El Libro de Bolsillo”: 1988 (Madrid), 1a. reimpresión en “El Libro de Bolsillo”, México, 1989, Alianza Editorial Mexicana, 1989, pp. 9 y 10.

<sup>36</sup> Goetz, Walter. *op. cit.*, notas 4 y 18. p. 18.

nismo, radicados en Atenas, Alejandría y en Antioquía, como tampoco podía compararse con la grandeza de la eterna Roma. Sin embargo, tres siglos después, la sede oriental se afianza como la capital del mundo cristiano, mientras que las otras sedes ya sólo conservan el esplendor de su nombre y tradiciones.<sup>37</sup>

Al fallecer Constantino en 337, el historiador Norman H. Baynes explica que el ejército exige que solamente sus hijos sean sus sucesores; se procede a asesinar a todos sus restantes parientes, aun cuando por su juventud, Juliano escapa de ser privado de la vida. En esas circunstancias, el Imperio se divide entre Constancio II (337-361), y sus hermanos Constantino (337-340) y Constante 1o. (337-350); se dice que éste último llega a ser el único gobernante en 350, pero sólo logra vencer al usurpador Magencio un año después en la batalla de Mursa, en la que se afirma murieron cincuenta y cuatro mil romanos.

El anteriormente mencionado Juliano, que ya era entonces jefe militar en las Galias, resulta proclamado emperador en 361 y asciende al trono cuando muere Constancio en ese mismo año; pero sólo gobierna de 361 a 363, por resultar muerto en la retirada de Persia. Bajo esas circunstancias el ejército designa a Joviano (363-364) en cuyo reemplazo eligen como emperador a Valentiniano 1o. (febrero 364-375), que en marzo comparte el gobierno con su hermano Valente (364-378), a quien le deja gobernar Oriente. Éste cae muerto ante los godos en la batalla de Adrianópolis, que ocurrió el 9 de agosto del 378, suceso que hizo parecer que la capital del Bósforo estaba condenada a sucumbir; sin embargo, los germanos fueron rechazados hacia Occidente.<sup>38</sup> Graciano —que fuera hijo de Valentiniano— se hace cargo del gobierno de Occidente y lo cede a Teodosio, que era un destacado jefe militar español, para gobernar Oriente.<sup>39</sup>

## B. *La dinastía teodosiana*

Con Teodosio 1o. llamado El Grande se inicia la *dinastía teodosiana* (379-457), considerándose que durante su largo gobierno (379-395) tomó

37 *Ibidem*, véase el t. III, pp. 185 y 186.

38 Mango, Cyril, V. *El legado de Roma. Bizancio desde Justiniano hasta Teófilo, Historia de las civilizaciones*, dirigida por David Talbot Rice *et al.*, Alianza Editorial/Labor, Alianza Editorial Mexicana, título original *Dark ages*, publicada en inglés por Thames & Hudson; Ltd. de Londres. Trad. Mirela Bofill. 1a. ed. en "El Libro de Bolsillo, 1988, (Madrid), 1a. reimpresión en "El Libro de Bolsillo", México, 1989, Alianza Editorial Mexicana, 1989, p. 139.

39 Baynes, Norman H. *op. cit.*, notas 23, 24, 26 y 28.

medidas imprudentes, que a la larga resultaron desacertadas, en razón de que pretendió neutralizar a los invasores bárbaros. Con ello, admitiendo grandes masas de godos en el Imperio, e incorporando a sus jefes a los más altos cargos militares. Tal cosa permitió que el poder político —conjugado con el militar— estuviera en manos de los germanos, apenas romanizados, lo que en diversas ocasiones puso a la misma capital, Constantinopla, al alcance de las intenciones de esos jefes. Así sucedió en el año 400, cuando resultó ocupada temporalmente por el godo Gainas o como ocurrió, posteriormente, entre los años 457 y 466 bajo el gobierno de León 1o.; aun cuando en realidad, quien en verdad mandaba, era el *alano* Aspar.<sup>40</sup>

Arcadio (395-408) se convirtió en el sucesor de este último, siendo el primer gobernante oriental cuya administración comprendía las provincias de Macedonia, Dacia, Tracia, Ponto, Asia Menor, Siria y Egipto; y no obstante que Alarico saqueó la Grecia en ese mismo año, con inteligente diplomacia concertaron la paz. El sucesor fue Teodosio II que gobernó durante cuarenta y dos años (408-450). Los registros cronológicos confirman que con su advenimiento, Constantinopla adquiere la jerarquía de centro vital del antiguo Imperio universal y del mundo mediterráneo, reemplazando la función que Roma había desempeñado anteriormente; así, surge la orden de que en la Universidad instituida por Constantino, se impartiera la enseñanza tanto en latín como en griego, lo que permitió que tuviera acceso a ella el helenismo alejandrino.

Por otra parte, aun cuando se contemplaba que el Imperio de Occidente se desmoronaba ante los asedios de los vándalos, en el año 438 dicho monarca ordena la publicación en Constantinopla del primer código oficial de derecho romano, como una prueba de la confianza en sus instituciones. Sin embargo, no deja de ser notable que desde entonces, Atila —como comandante en jefe de las hordas de los hunos— desde el año 434 se hacía presente en las fronteras del Imperio, que extendía su soberanía desde el mar Negro hasta el sur de Alemania. Como obra material notable de su tiempo, destaca que Teodosio II construyó una gran fortificación, consistente en una segunda muralla en la que se aplicaban innumerables torres, con la que tendió un cerco que rodeaba a la ciudad por el Cuerno de Oro y el Mar de Mármara.<sup>41</sup>

40 Mango, Cyril, *op. cit.*, nota 38.

41 Goetz, Walter, *op. cit.*, notas 4 y 18. pp. 186-188.

Marciano fue el primer gobernante (450-457) que se hizo coronar por el *patriarca*, continuando tal ejemplo su sucesor León 1o. (457-474). A Zenón (474-491) le correspondió la labor de continuar el gobierno, coincidiendo su labor con la caída de Roma. A la vez, se vio necesitado de enfrentar a Teodorico *El Grande*, que había saqueado Macedonia y que en el año 487 marchaba contra Constantinopla. Sin embargo, Zenón lo sedujo con honores, ya que lo nombró general y gobernador de Italia, alentándolo a marchar a la península en la que venció a Odoacro.<sup>42</sup> Como Marciano no había designado sucesor, a su muerte, el jefe del ejército llamado Aspar, que era arriano y que por tal razón estaba impedido para ocupar el trono, elige como emperador a un tribuno militar de Dacia que se llamaba León 1o. (457-474), quien inicia la llamada:

### C. *Dinastía leoniana*

León 1o., para librarse de Aspar y de sus tropas godas, se vuelve hacia los isáuricos, casando a su hija Ariadna con Tarasicodessa, que asume el nombre de Zenón en 468. El siguiente soberano es su hijo, León II, que encuentra la muerte al lado de su padre. El sucesor, entonces, es el ya mencionado Zenón, que permanece sin continuador y a su muerte, siguiendo el precedente de Ariadna, designa emperador a Anastasio de Diraquium, que era guarda del palacio y que había sido elegido como candidato para la sede de Antioquía. A este le corresponde gobernar de 491 a 518 y muere sin hijos.<sup>43</sup>

Al realizar el análisis de la cronología de los monarcas bizantinos, el historiador Norman H. Baynes señala el *primer periodo* que hemos relatado, el cual se inicia en 337 y concluye en 518; se considera que el punto central de esa época está señalado por el gobierno de Teodosio 1o., que entre otras labores pudo concluir una guerra con los persas que había sido sostenida por más de un siglo. Debe destacarse que en ese siglo IV, era ya notoria la pobreza de las defensas existentes en la barrera natural del río Rin, para contener la pujanza de las hordas bárbaras. A la vez, el mismo autor califica que en esos momentos se contemplaba la romanización de las tribus invasoras, así como el inicio de la influencia bárbara en la cultura romana.

42 *Ibidem*, pp. 187-189.

43 Baynes, Norman H., *op. cit.*, nota 29.

Cabe agregar que como tarea más importante de su gobierno, al emperador Anastasio le correspondió proteger los territorios amenazados en sus fronteras; resultando obligado a trasladarse fuera de la capital, en razón de la sublevación de los guardias isaurios que se mantuvo durante dos años, en los que se vieron atacadas las provincias meridionales del Asia Menor; también sufrió el constante asedio de las tribus eslavas y los búlgaros turcos, que incursionaban con saqueos en Tracia, Macedonia y Tesalia. Ante tantas amenazas a la capital, el emperador ordenó la construcción de una muralla que trazó diagonalmente a través de la península Tracia, ya que se veía asediado por los persas y —a la vez— por disturbios eclesiásticos. Aun cuando no había dispuesto la sucesión de su trono, la lucha por el poder encumbró al comandante de su guardia imperial: Justino I (518-527), cuya presencia inaugura el llamado:

## 2. Segundo periodo (518-610)

Justino era originario de Macedonia, ausente de educación, jefe de guardia en Palacio. Conquistó el apoyo de las tropas y fue aclamado como emperador.

### A. *Dinastía justiniana*

Justino convirtió en alma de su gobierno a su sobrino Justiniano. Al morir éste en 561, le sucede su sobrino Justino II (565-578), quien poco tiempo después de encargarse del gobierno enloqueció. El relato histórico conserva la memoria de que en el 574, durante un periodo de lucidez, ascendió al trono de César a Tiberio, que era uno de los jefes de la guardia palatina, a quien coronó como emperador antes de su muerte. De ahí, ese militar gobernó como Tiberio II (578-582) y quien, poco antes de su muerte, casó a su hija con Mauricio, a quien coronó emperador un día antes de su fallecimiento. Por su parte, Mauricio gobernó de 582 a 602, habiendo sido arrojado del trono y asesinado por el bárbaro cabecilla de la sublevación de los ejércitos del Danubio, llamado Focas, con quien (602-610) concluyó esa dinastía, al ser derrocado por un cuerpo expedicionario venido de África.<sup>44</sup>

<sup>44</sup> Goetz, Walter, *op. cit.*, notas 4 y 18, pp. 189-191 y véase Baynes, Norman H., *ibidem*, pp. 36-38.

## B. *Justiniano*

En 527 fue corregente con su tío y después soberano, prolongándose su gobierno durante treinta y cinco años —a partir del 527 hasta el 565—, largo periodo en el que su máximo anhelo era la restauración de la grandeza del Imperio romano; resulta evidente que examinó las circunstancias con gran perspicacia, ya que le permitieron reconocer que el dominio que los pueblos germanos ejercían sobre lo que había sido el Imperio de Occidente, estaba verdaderamente asentado sobre las ruinas de lo que había sido la civilización romana.

La restauración intentada por Justiniano obtuvo logros parciales, ya que recuperó África de los *vándalos* en 533, al enviar quinientos navíos con quince mil hombres bajo el mando de Belisario. La región marítima fue recuperada y sometida, sorprendiendo al historiador Cyril Mango que al iniciar la reconquista de Occidente, ante la incompetencia del rey Gelimer —apenas con cinco mil jinetes— pudiera obtener la victoria y que la ocupación de Sicilia requiriera solamente de ocho mil hombres. Igualmente, Italia fue recuperada de los *ostrogodos*, a quienes después de dieciocho años de acciones bélicas, derrotó en las faldas del Vesubio en 553; así se logra restablecer la administración provincial romana en sus territorios.

De igual manera, Justiniano se impuso a los *francos* que habían dominado la Galia, tomando ventaja de la diversidad de ambiciones que coadyuvaron para definir la sucesión en el reino de los *visigodos*; así pudieron reivindicar su soberanía sobre la península ibérica y fortalecer el litoral al instalar guarniciones griegas, que permitieron a la armada imperial restablecer su dominio en todo el Mediterráneo, que se había recuperado para volver a ser un lago romano —o tal como lo advierte Henri Pirenne— si se quiere, bizantino.

Justiniano creyó que Roma había vuelto a formar parte del Imperio, ya que se prolongaba hasta las columnas de Hércules. De ahí que este tiempo se manifestó como el más brillante del largo periodo bizantino. Sin embargo, el gobernante no atendió con el mismo esmero las defensas necesarias en la frontera del Danubio, en la que no tenía guarniciones permanentes, lo que permitía a los invasores *hunos* y *búlgaros* penetrar constantemente y llegar hasta los mismos suburbios de Constantinopla. A esas cohortes germanas (*gépidos* y *hérulos*), con la concurrencia de los *hunos*

que residían en aquellas regiones, se añadieron los *eslavos* y *ávaros*; estos grupos debilitaron señaladamente las defensas de ese sector, al grado que se derrumbaron totalmente veinte años después de la muerte de Justiniano en 565.<sup>45</sup>

Como en distinto lugar hemos hecho un amplio análisis y referencia a la obra legislativa que corresponde a Justiniano, respetuosamente remitimos al amable lector a dichas páginas.<sup>46</sup> Sin embargo, debemos comentar que Jacques Pirenne agrega que, como consecuencia de la gran labor legislativa emprendida por el emperador de Oriente, se reconoce que ella constituye la obra jurídica de mayor importancia jamás realizada, con la que su autor no tuvo el propósito de promulgar una simple codificación, sino de realizar la vivificación del derecho romano. Lo integró como un cuerpo racional de temas jurídicos, que habían recogido la visible huella que iba imprimiendo la transformación de las ideas sociales.<sup>47</sup> A la vez, del monumental esfuerzo realizado, podemos deducir que la convicción central que debía mantener un emperador romano, era que a él le correspondía la doble función de conquistar y de legislar. Con ello, Roma se glorificaba del esplendor de sus victorias militares y al mismo tiempo de la justicia de sus leyes.

En el análisis que Norman H. Baynes realiza sobre el llamado *Segundo periodo de los emperadores bizantinos*, recapitula que la pretensión primaria ejercida por Justiniano al frente del Imperio oriental, fue recuperar todos los territorios de Occidente que se habían perdido como consecuencia del dominio que habían impuesto los pueblos germánicos, de manera que se restaurara en toda su extensión la fuerza y voluntad soberana de la idea del Imperio y de su jefe, como única ley dentro de la reivindicación

45 Baynes, Norman H., *ibidem*. pp. 191-194 y Pirenne, Henri. *op. cit.*, nota 30, pp. 32 y 33; así como Mango, Cyril, *op. cit.*, nota 38, pp. 137-142.

46 Magallón Ibarra, Jorge Mario, *La senda de la jurisprudencia romana*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2000, Serie Doctrina Jurídica, núm. 32, pp. 246-284, en la que exponemos con amplitud la figura de Justiniano, así como la magna labor legislativa por él ordenada, conocida como el *Corpus jure civile*, a quien con justicia se le ha calificado como el *más grande legislador de la historia*. En las páginas que se señalan, se incluyen las aportaciones del *Digesto* y la especificación de las siete partes fundamentales que lo componen; así como las cuatro *Constituciones* que el mismo Justiniano invoca, sucesivamente, sobre la concepción y confirmación del *Digesto*; reconociendo, además, el nombre de los cuarentaiún juriconsultos de los que emana, cuyas respuestas y opiniones están recopiladas en la obra que se indica. Culmina nuestra referencia con los que estimamos más sobresalientes pasajes del *Digesto* sobre temas fundamentales de la ciencia del derecho.

47 Pirenne, Jacques, *op. cit.*, nota 9, p. 449.

intentada. Sin embargo, no era posible mantener una guerra en dos frentes, uno en Occidente contra los eslavos y ávaros en la zona europea, y otro en Oriente contra la monarquía persa.

Ante esa disyuntiva, y tenida cuenta de que el corazón del Imperio se encontraba por encima de todas las cosas en Asia, había que salvarlo. Ello precipitó que Italia sucumbiera ante el empuje de los lombardos y que la zona del Danubio fuera nuevamente ocupada por los bárbaros. Así, Justiniano constataba que los vastos recursos que requería el mantenimiento de su Imperio, se desmoronaban.

### C. *Los sucesores de Justiniano*

Jacques Pirenne da cuenta de la crisis que sobreviene a la muerte de Justiniano —ocurrida en 565—, ya que la guerra se hace presente simultáneamente en todas las fronteras del Imperio. Así, los persas con su permanente voluntad de apoderarse de las costas de Siria, obligan a Justino II (565-578), a quien poco tiempo después le tocó perder la razón, a pactar con los turcos, provocando con ello el levantamiento militar en Armenia. Se dice que durante un momento de lucidez experimentado en 574, el monarca hizo César a Tiberio II (578-582), a quien coronó emperador antes de su muerte. Tiberio, tal como lo hemos manifestado anteriormente, era miembro de la guardia de palacio que casó a su hija con el general llamado Mauricio (582-602), a quien coronó emperador un día antes de su muerte. Éste terminó sus días expulsado del trono y asesinado por el bárbaro Focas (602-610), que fue cabeza de una sublevación en los ejércitos del Danubio.

Por su parte, en la zona nórdica, los eslavos y ávaros invaden la Panonia, desde donde los lombardos se lanzan para hacer presa a la península itálica; así como los francos y los visigodos se emancipan tanto en Francia como en España de la autoridad romana.<sup>48</sup> Ante un panorama como el que relatamos, Focas es el último monarca de la dinastía justiniana, ya que una expedición surgida de África, comandada por Heraclio, quien se presenta frente a Constantinopla, como comandante de una importante flota naval y, con él, se inicia el Tercer periodo (610-717).

### 3. Tercer periodo (610-717)

#### *La dinastía heracliana*

Que se mantiene en el poder desde 610 hasta el 717.<sup>49</sup> En efecto, Heraclio se hace investir con la púrpura imperial y permanece en el trono oriental desde 610 a 641; sin embargo, en ese momento los persas reanudan sus ofensivas, derrotando a las fuerzas imperiales al grado que se apoderan de Antioquía, Damasco y Jerusalén, e incendian el Santo Sepulcro. A la vez, otro ejército persa ocupa Egipto. No obstante ello, Heraclio en vigoroso ataque, recupera Siria y Egipto, venciendo a Persia.<sup>50</sup>

A la muerte de Heraclio en 641, le suceden como emperadores colegas, su hijo de primer matrimonio Constantino III y Heracleonas, de su segunda unión; pero ante el rechazo del ejército, en septiembre de 641 se convirtió en emperador Constante —nieto de Heraclio—, aun cuando luego fue derrocado; ascendió al trono Constante II (641-668) que resultó asesinado en Sicilia, dando lugar a que le sucediera su hijo, Constantino IV (668-685), que era menor de edad al contar apenas dieciséis años. El sucesor fue Justiniano II (685-695), quien desempeñó un gobierno despótico, tiránico y arbitrario; por tales razones, fue destronado y desterrado por Leoncio, que era uno de sus jefes militares que lo mantuvo en el exilio. Leoncio gobernó durante tres años (695-698), pues fue derrocado al amotinarse la flota en Creta, convirtiéndose en emperador a Apsimar, quien ascendió al trono con el nombre de Tiberio III (698-705).

Este emperador gobernó hasta que Justiniano II regresó del exilio y fue restaurado su Imperio permaneciendo en el poder por segunda ocasión de 705 a 711, al punto que una nueva rebelión a cuyo frente se encontraba Filipico Bardanes, lo destituyó y asesinó. Ello permitió a éste apoderarse del trono, en el que se mantuvo de 711 a 713, cuando fue substituido por su ministro Anastasio II (713-716), quien al tratar de restablecer la disciplina militar, propició nueva rebelión en su contra, lo que elevó al gobierno a Teodosio III, el que desempeña su función de 716 a 717; concluye con él, la llamada *dinastía heracliana*.<sup>51</sup>

49 Baynes, Norman H., *op. cit.*, nota 29, p. 453.

50 Pirenne, Jacques, *op. cit.*, nota 49.

51 Baynes, Norman H., *ibid.*, pp. 38 y 39.

En la síntesis del Tercer periodo de los emperadores bizantinos, realizada —como las anteriores— por Norman H. Baynes, su autor señala que fue de África de donde zarpó Heraclio para el rescate del antiguo Imperio romano; constituyendo una notable paradoja la victoria lograda tras seis años de lucha bélica, con la derrota de su salud. En esas circunstancias, los *mahometanos* se unen por primera ocasión para amputarle al Imperio los territorios de Siria, Palestina y posteriormente el de Egipto. A la vez, los eslavos invaden las provincias del Danubio y penetran en Grecia, profundizando su acción hasta el Mar Egeo. Italia se encuentra en manos de los lombardos. La enemistad con Persia cede su sitio a la hostilidad con el Islam, que está ya latente. El orgullo de la *dinastía heracliana* fue haber resistido los primeros choques de las invasiones árabes.<sup>52</sup> A Teodosio III lo destituye un general anatólico llamado León El Siriaco, a quien se le conoció vulgarmente como León El Isáurico quien fue el fundador del Cuarto Periodo (717-867).

#### 4. Cuarto periodo (717-867)

##### A. La dinastía isáurica

Que se mantiene desde el 717 a 802, es iniciada por el emperador León III (717-741), y se le identifica por ser *iconoclasta*. A éste le sucede su hijo Constantino V (741-775), al que a su vez reemplaza en el gobierno su vástago León IV (775-780, quien al morir, su viuda Irene se encarga del poder en representación de su hijo menor Constantino VI (780-797).

La regente resultó obligada por las tropas a retirarse en 790, pero un año más tarde obtuvo su restauración por su hijo, a quien destituyó seis años después, para quedarse sola en el trono, en el que permaneció hasta 802. Este año le tocó ser destronada por una conspiración de altos funcionarios, que puso punto final a la *dinastía isáurica*, dejando su lugar al tesorero imperial Nicéforo. Éste gobernó (802-811) y cayó en combate contra los búlgaros.

Sin embargo, su hijo Estauracio —aun cuando se encontraba malherido— sobrevivió en 811, poniendo en el trono a su suegro Miguel I. (811-813), quien a su vez fue derrotado por los búlgaros, posiblemente como resultado de la traición del general armenio que lo derrocó, para

ascender al trono con el nombre de León V (813-820), quien fue asesinado ante un altar en 820 para dar inicio a la dinastía frigia (820-867).

### B. *Dinastía frigia (820-867)*

A León V lo reemplaza un provinciano originario de Amorión —en la Alta Frigia—, que era jefe de la guardia y a quien se le llamó Miguel II (820-829). A éste le sucedió un ilustrado hijo llamado Teófilo (829-842), quien al fallecer, dejó a su viuda Teodora como regente de su hijo menor Miguel III (842-867), al registrarse en la historia que su favorito, Basilio El Macedonio, obedeciendo las instrucciones del propio emperador, en 866, derrocó al omnipotente César Bardas —hermano de su madre Teodora— fue quien al año siguiente, después de ser proclamado César, puso punto final a la *dinastía frigia* al hacer asesinar al emperador.

En el balance que formula Norman H. Baynes, sobre el *Cuarto periodo de los emperadores bizantinos*, advierte que a partir del gobierno de León III, los árabes iniciaron el asedio supremo en contra de Constantinopla; acampado el ejército terrestre de Muslama en agosto de 717 frente a dicha urbe, se hizo presente en septiembre del mismo año, la flota al mando de Solimán, que así consolidó el bloqueo al que sujetaron a la gran capital, el cual pudo ser vencido al quedar desbaratados los sitiadores en el mes de agosto siguiente. Ese triunfo rodeó de prestigio a León III como el salvador.

Sin embargo, la Iglesia tendrá presente que dicho gobernante fue el primero de los *iconoclastas*;<sup>53</sup> mantuvo la disputa doctrinal durante largos años, pero sirviendo efectivamente al Imperio, ya que Constantino V conquistó a los búlgaros; Nicéforo reformó la hacienda; Teófilo hizo accesible a todos la administración de justicia, contribuyendo todos ellos a dar al Imperio una nueva organización civil y militar y, particularmente, tratando de ajustar el derecho romano a las necesidades que en su tiempo habían surgido, así como al reconocimiento de las nuevas costumbres y hábitos populares que entonces se manifestaban.<sup>54</sup>

53 Atribúyese tal calificativo a la tendencia a rechazar y destruir las normas éticas y estéticas del pasado; se incluye la protesta contra la práctica de venerar imágenes, por atribuírseles una fórmula idolátrica. Cfr. *Diccionario Enciclopédico Abreviado*. 2a. ed. Buenos Aires-México, Espasa-Calpe Argentina, S.A. 1945, Tomo IV, p. 16.

54 Baynes, Norman H., *op. cit.*, nota 29, pp. 42 y 43.

## 5. *Quinto periodo (867-1057)*

### *Dinastía macedónica*

Basilio El Macedónico, conocido como Basilio 1o. es el fundador de la *dinastía macedónica* que él inicia en 867 y que una vez que fallece en 886, sus hijos León VI (886-912), cuya paternidad y consecuentemente su filiación es dudosa; y Alejandro (886-913), quien en realidad no gobernó, ya que se dedicó a la plena holganza, manteniéndose como guardián de Constantino VII (porfirogeneto) —hijo de León VI— (912-959), quien en 919 hizo colega a su padrastró Romano 1o. (Lecapeno), el cual gobernó (919-944) y fue derrocado por sus propios hijos.

A Constantino VII le sucedió su hijo Romano II (959-963), a cuya muerte Teófano que resultó su viuda, siguió al frente del gobierno en nombre de sus hijos menores, Basilio y Constantino. De estos dos fue Constantino VIII (963-1025) quien actuó como gobernante único (1025-1028). Sin embargo, la madre Teófano casó con Nicéforo Focas en 963 y a partir de esa fecha, éste gobernó como Nicéforo II, hasta que fue derrocado por una conspiración de oficiales; sucediéndole Juan 1o. Tzimiscés (969-976), que encerró a Teófano en un monasterio.

Por su parte, el hijo de Teófano —Constantino VIII—, al morir no dejó hijos varones, aunque si tres hijas: Eudoxia, que fue monja, Teodora que no deseó contraer matrimonio y Zoe. Al observarse el testamento que había dispuesto el padre, el senador llamado Romano se divorció de su esposa y casó con esta última, convirtiéndose en emperador como Romano III, quien gobernó de 1028 a 1034. Al morir, sobrevino que Zoe contrajo nuevo matrimonio, ahora con su amante Paflagonio Miguel, quien subió al trono como Miguel IV (1034-1041). El sobrino de éste, también llamado así, se convirtió en César y cuando falleció el tío, llegó a ser emperador con el nombre de Miguel V (1041-1042); pero cuando encerró a sus benefactoras, el pueblo de Constantinopla se levantó en armas y sus dos hijas Zoe y Teodora, fueron proclamadas como gobernantes de una junta soberana; pero antes de que hubieran pasado dos meses, la primera de ellas, que entonces tenía sesenta y dos años de edad, se había casado nuevamente, de manera que su propia mano confirió la diadema imperial a su esposo Constantino IX Monómaco (1042-1054); ella murió en 1050. Resultó singular que a la muerte de Constantino IX, la última de las hermanas princesas —*nacidas de la púrpura*— quedó como única gobernan-

te. Así, Teodora permaneció como titular del Imperio (1054-1056), pero se encargó de designar como su sucesor al frente del gobierno a Miguel El Estratónico (1056-1057), quien culminó la *dinastía macedónica* en el año 1057.<sup>55</sup>

Al considerar el *Quinto periodo de los emperadores bizantinos* que acabamos de referir, Norman H. Baynes comenta que en el 800, dos años antes de que Nicéforo pusiera fin a la *dinastía isáurica* y se sentara en el trono imperial de Oriente, Carlomagno o Carlos El Grande, que lo era en todos sus aspectos: en lo físico, en valentía, en propósitos, en inteligencia y en su capacidad de trabajo —que fuera hijo de Pepino El Breve y de Bertha—, se había convertido en la fuerza dominante de Europa, pues se instalaba en el trono, al haber asistido a la misa de Navidad del año 800, oficiada en San Pedro por el Papa León III, quien puso la corona en su cabeza. Respondieron los romanos ahí presentes, como coro obviamente bien entrenado: *Larga vida y victoria a Carlos Augusto, coronado por Dios como el gran y pacífico emperador de los romanos*. A continuación, León III se postró a los pies del ungido y besó el filo de su túnica, adorándolo de acuerdo con la costumbre bizantina. Con este rito se significó que en el Occidente participaban dos cabezas centrales: la civil y la eclesiástica, lo que implicaba la evidente alianza de la fuerza política y militar frente al Oriente, que ahora tenía conciencia de la separación de sus intereses; así se manifestaba, abiertamente, la fisura que dividía a los dos mundos, ya que habían quedado rotos los lazos de la vida comunitaria.

No obstante lo anterior, la realidad evidenció que Carlomagno no tomó muy en serio su coronación como emperador romano de Occidente, puesto que jamás regresó a Roma ni vistió la correspondiente túnica, ya que prefirió continuar manifestándose como rey de los francos y lombardos, aun cuando la impresión que dicha ceremonia de coronación otorgó a la historia, contribuyó a un nuevo cambio del poder, ahora del Este hacia Occidente, así como el señalamiento de que una nueva Europa estaba ya en formación. Por su parte, el nuevo monarca engrandeció sus dominios francos; conquistó a los lombardos en el norte de Italia, así como a los bávaros y sajones; llegando a invadir la España musulmana.<sup>56</sup>

Si volvemos los ojos al Oriente, podemos verificar que en la segunda mitad del siglo IX, toca a la *dinastía macedónica* —por conducto de

55 *Ibidem*, pp. 43 y 44.

56 Bishop, Morris, *The middle ages*, Boston, The American Heritage Library, Houghton Mifflin Company, 1987, reimpresión de la 1a. ed., 1968, pp. 23-25.

Constantino VII— recopilar y codificar los principios que habían hecho grande a Roma. Se gana a los mahometanos Siria y Mesopotamia, logrando recuperar aún a Antioquía.<sup>57</sup> Sin embargo, no podemos dejar de considerar que en aquellos tiempos, en el Occidente ocurre el ascenso del pueblo franco que se había iniciado en el año 751, cuando Carlos Martel, hijo de Pepino El Breve, envía emisarios al Papa, consultándole si era correcto que monarcas débiles e incompetentes como los merovingios se manifestaran como *reyes*.

Desde luego, la respuesta que recibió rechazaba tal aceptación. Ello precipitó que Pepino convocara a una elección de la que resultó su proclamación como rey y, entre los años 753 o 754, fue uncido por el Papa Esteban, quien viajó a las Galias para ello. En correspondencia, ese monarca hizo una visita a Italia en la que derrotó a los lombardos, que eran enemigos de la Iglesia; se obsequia al Pontífice con una faja territorial en el centro de la península, que durante mil años fue dominio pontifical.

Para tener una visión más amplia de los acontecimientos que relatamos en el párrafo precedente, es indispensable verificar que en aquella época, de los reinos formados por los bárbaros dentro de los linderos del antiguo Imperio romano de Occidente, el de los francos era el único que en realidad encerraba dentro de sus linderos al conjunto más compacto de la población germana. Dentro de esa circunstancia, constatamos que Clodoveo fue el rey que amplió sus fronteras por toda la región que rodea al Rin, desde Colonia hasta el mar.

En el año 507, dicho soberano se dirigió hacia la región occidental, ampliando su frontera hasta los Pirineos. Sus hijos culminaron tal labor al apoderarse en 532 del reino burgundio, como consecuencia de haber entrado en posesión de la provenza, incluyendo al Golfo de León hasta el Ródano, de manera que toda la región quedó bajo el control de la *dinastía merovingia*, a cuyos últimos de sus reyes denominaron como *los holgazanes*; se dividió la monarquía en tres regiones: Neustria, Austrasia y Borgoña.

Pipino —miembro de la familia *carolingia*— se convirtió en *intendente del palacio* de la segunda de ellas y, como tal, en el *ministro del rey* que de hecho era quien gobernaba. De la hija de éste nace Pipino de Herstal, que fue el padre de Carlos Martel a quien procreó como hijo bastardo; éste logró gran fama al rechazar a los árabes de Abderramán —que tras-

57 Baynes, Norman H., *op. cit.*, nota 29, pp. 44-46.

pasaban los Pirineos y penetraban la Aquitania—, sometiéndolos con una grave derrota en las llanuras de Poitiers, al grado que tal victoria lo convirtió en amo del reino. Obligó al enemigo a detenerse y retroceder, propiciando que Pipino El Breve, hijo de Carlos y su sucesor tanto en la intendencia del palacio como en el gobierno del reino (741), expulsara a sus contrarios de Narbona en 759.

Al tomar el modelo de la labor castrense de la caballería árabe, Carlos organizó la estructura militar más grande que entonces se conoció en Europa, con la organización de escuadrones de caballería y, en su momento, coronado rey, proclamó que lo era *por la gracia de Dios*; manifestaba con ello su alianza con la Iglesia, que fue el legado que transmitió a Carlomagno.<sup>58</sup>

Henri Pirenne relata que Carlomagno se autodesignó con el calificativo de *grande: Carolus magnus* (768-814) y que su labor fue en realidad la continuación del gobierno que ejerció su padre *Pipino El Breve*, ya que por su parte continuó la alianza que éste había concertado con la Iglesia en su lucha contra los paganos, lombardos y musulmanes. Se preocupó por accionar la evolución de las necesidades sociales y políticas, iniciando campañas bélicas contra los sajones entre los años de 780 a 804, que pudieron considerarse como las primeras guerras religiosas en Europa, así como el avance de una religión de Estado. De ese modo obtuvo la anexión y conversión de la Sajonia, para la entrada de toda la antigua Germania a la comunidad europea. Por eso, la frontera oriental del Imperio carolingio se prolongaba hasta el Elba y al Saal y, de ahí, hasta el fondo del Adriático, combatiendo, destrozando y exterminando al pueblo ávaro—de origen finés—, para establecer la frontera militar a través del valle del Danubio.<sup>59</sup>

Fuera de las fronteras del Imperio de Carlomagno y de su Iglesia, se encuentra el mundo bárbaro pagano o el mundo enemigo: *el islam*. En esas circunstancias, como lo había manifestado el historiador Norman H. Baynes—al examinar críticamente el *Quinto periodo de los emperadores bizantinos*— para hacer evidente que el poder de Carlos era reconocido por el jefe de la Iglesia, ya que así lograba que coadyudara con ella en su misión de salvación eterna, pudo permitir que la visión de San Agustín encontrara su verdadero camino, puesto que la ciudad terrestre señalaría el camino para encontrar el de la ciudad celestial.

58 Pirenne, Henri, *op. cit.*, nota 11, pp. 54-58.

59 *Ibidem*, pp. 60-65.

En confirmación de esos criterios, —como lo hemos manifestado anteriormente— en el año 800, en la basílica de Letrán, al concluir el oficio de la misa de Navidad, el Papa León III colocó la corona imperial sobre la cabeza del monarca, ante quien se prosternó y adoró, de acuerdo con el ceremonial bizantino. En ese momento y por la formalidad de tal acontecimiento, se consideró que se había restablecido el Imperio romano, aun cuando fue evidente que esa acción eclesiástica, humilló en alguna forma al monarca, ya que por su parte consideraba al Papa como su protegido. De ahí que, en el año 813 y como un anticipo a la sucesión monárquica que le correspondería a su hijo Luis, Carlomagno modificó la solemnidad del rito ceremonial, de manera que la corona fuera depositada sobre el altar, para que el mismo Luis la ciñera sobre su cabeza, sin la participación del mandatario de la Iglesia.<sup>60</sup>

Al volver los ojos a los emperadores bizantinos, constatamos que la *dinastía macedónica* culmina con la muerte de Teodora, ya que el sucesor que ella había escogido, como lo advertimos anteriormente, era llamado Miguel El Estratónico (1056-1057) y fue derrocado por la nobleza militar que eligió a Issac Io., Comneno (1057-1059), quien al no resistir las duras responsabilidades que imponía la tarea del Imperio, abdica y escoge como sucesor a su ministro de Hacienda, que se convirtió en Constantino X, Ducas (1059-1067). Al fallecer éste, su viuda Eudoxia contrae nupcias con el general Romano IV, llamado Diógenes (1067-1071), que es derrotado por los turcos en la batalla de Manzikert y destronado por el hijastro de su esposa, a quien se conoce como Miguel VII, Ducas (1071-1078), quien en su momento es destronado por una revuelta popular y es reemplazado por Nicéforo III, Botaniates (1078-1081), que a su vez fue víctima de una rebelión militar que colocó en el trono a Alejo Io. Comneno —sobrino de Isaac— (1081-1118), que inicia :

## 6. *El sexto periodo (1057-1204)*

### A. *La dinastía de los Comnenos*

La cual concentra sus actividades en labores de restauración y reforma. Alejo Io. es sucedido por su hijo Juan II (1118-1143), y a la muerte de éste, le sucede su hijo Manuel (1143-1180). En su momento le sigue su

60 *Ibidem*, pp. 65 y 66.

heredero Alejo II (1180-1183) que, por haber ascendido al trono como menor, fungen como regentes la emperatriz María y Alejo, que era primo del emperador. Este monarca llega al fin de su gobierno cuando Andrónico Comneno (1183-1185) —que era sobrino de Juan II— es hecho colega de Alejo II, a quien estrangula al año siguiente. Andrónico, a su vez, fue destronado por Isaac II (1185-1195), que era el mayor de la noble familia Angeli; posteriormente fue destronado por su propio hermano Alejo III (1195-1203), aun cuando los Cruzados restauraron a Isaac II y Alejo IV (1203-1204), hasta que los dos fueron destituidos al capturarse Constantinopla en 1204.<sup>61</sup> Sin embargo, en los registros históricos que corresponden a esa misma fecha, aparecen como emperadores bizantinos Alejo V y Teodoro I. Lascarias, como emperador de Nicea (1204-1222).<sup>62</sup>

Al examinar el *Sexto periodo de los emperadores bizantinos*, Norman H. Baynes considera que realizar su resumen en un solo párrafo, excede a sus fuerzas. Sin embargo, señala como problemas que entonces se dieron, el de la aparición de los bárbaros turcos seléucidas en la frontera oriental, que fueron quienes infligieron a Roma la brutal derrota de Manzikert (1071) de la cual nunca se recuperaron. A la vez, agrega que el Imperio se vio obligado a establecer una defensa en el mar, utilizando a la flota de Venecia, a cambio de concesiones comerciales calificadas como ruinosas; surgió así una división más ostensible, en razón de acudir a la protección de las fuerzas que el pueblo detestaba, generando con ello odio y envidia, de lo cual brotó la tragedia de la caída del Imperio.<sup>63</sup>

La historia del Estado bizantino registra que la trágica caída de Andrónico en 1185, puso punto final a sus intentos para recuperar la situación del Imperio, ya que su hijo Isaac II —que era cabeza de la noble familia *de los Angeli*— apoyó a la aristocracia feudal. Éste, al marchar al frente de sus tropas en suelo rebelde de Bulgaria, fue muerto en la batalla sostenida ante Constantinopla.<sup>64</sup>

Del tratado de paz que sobrevino a raíz de los acontecimientos antes referidos, resultó una nueva y diversa situación, pues Bizancio había libe-

61 Baynes, Norman H., *op. cit.*, nota 29, pp. 46 y 47.

62 Holmes, George *et al.* (Coord. & Editor), *The Oxford history of Medieval Europe*, Oxford New York, Oxford University Press, 1a. de. 1992, *Northern Europe invades the mediterranean*, Rosemary Morris, p. 171.

63 Baynes, Norman H., *op. cit.*, nota 9, pp. 47 y 48.

64 Ostrogorsky, George, *History of the byzantine state*, translated from the German by Joan Hussey, revised edition 1969, Rutgers University Press. New Brunswick, New Jersey, sixth paperback printing, 1999, pp. 401-405.

rado la tenencia de los territorios comprendidos entre las montañas de los Balcanes y el Danubio, dando paso con ello al resurgimiento de un Imperio búlgaro independiente; concluye así para siempre, la época en la que se había tenido el dominio de los Balcanes, ya que los búlgaros y los serbios finalmente se habían emancipado.

Los peligros inherentes a la nueva situación resultante, se hicieron muy claros cuando el Imperio oriental se encontró envuelto en una nueva cruzada, puesto que el Santo Sepulcro había caído nuevamente en manos de los infieles y Saladino había logrado extender sus dominios desde Egipto a Siria, ya que en 1187 estaba avanzando contra Palestina. El 4 de julio derrotó severamente a las fuerzas latinas en Hattin, tomando prisionero al rey Guy de Lusignan y entró a Jerusalén el 21 de octubre. En esas condiciones, el Papa Inocencio III convocó a los pueblos cristianos para iniciar una nueva cruzada.<sup>65</sup> La respuesta correspondió a Federico Barbarroja, Felipe Augusto II y Ricardo Corazón de León, que eran los gobernantes que tomaron el camino de la cruz, más destacados del Oeste.

Por su parte, el gobierno de Bizancio se puso en manos de Saladino, que era el mayor enemigo de los cruzados. Como respuesta, Federico ocupó Filipópolis, como si fuera una ciudad en territorio enemigo, propiciando un intercambio de correspondencia saturada de insultos y amargos reproches, al grado de que el propio monarca germano estaba decidido a apoderarse de Constantinopla. Después de asentarse por la fuerza en Adrianópolis, recibió en ella a los emisarios serbios y búlgaros y decidió continuar su avance hacia la gran metrópoli, mientras que su hijo Enrique recibió órdenes de zarpar con una flota hasta las murallas de la ciudad.

Ante esa situación Isaac II, llamado *Angelus*, se rindió y en febrero de 1190 se concluyó el tratado por el cual el emperador germano debía recibir embarcaciones para transporte; recuperar personajes de alto rango, que fueron mantenidos como rehenes y la garantía de provisiones a bajo precio. Así, todas las demandas de Federico Barbarroja fueron satisfechas y Bizancio tuvo que reverenciar la superioridad del emperador germano. En la primavera, éste reanudó la marcha con su ejército sobre Asia Menor; dirigiéndose a Tierra Santa a la que nunca habría de llegar, puesto que en 10 de junio del mismo año, al cruzar el río Salf (Cidno) en Cilicia,

65 Goetz, Walter *et al.*, *Historia universal*, Heisenberg, Augusto, *El Imperio bizantino*, *op. cit.*, notas 4 y 18, p. 236.

una vulgar caída de caballo le hacía encontrar la muerte en las aguas del río en el que se ahogó.<sup>66</sup>

Por cuanto a la expedición de los reyes de Inglaterra y Francia, ellos habían tomado la ruta marítima que difícilmente afectó a Bizancio, ya que su esfera de influencia no se extendía hasta Palestina. Sin embargo, sus esfuerzos carecieron de éxito, pues en razón del tratado de paz de 1192, Saladino mantuvo Jerusalén, de manera que los latinos solo tuvieron acceso a una angosta faja de tierra entre Jaifa y Tiro; puede agregarse que Bizancio sí fue molestada con un suceso marginal, consistente en la toma de Chipre por parte de Ricardo Corazón de León y el apresamiento de su gobernante Isaac Comneno, entregando la isla a los Templarios y luego —en 1192— a Guy de Lusignan, que había sido rey en Jerusalén. De ahí en adelante, Chipre permaneció en manos occidentales.<sup>67</sup>

### B. *La caída de Constantinopla en 1204*

La partida y muerte de Federico Barbarroja permitió a Bizancio recuperar su libertad de acción en los Balcanes; pero George Ostrogorsky relata que el 24 de junio del año 1203, la flota de los cruzados se encontraba en las afueras de la capital bizantina, considerada como *la reina de todas las ciudades*. Después de la captura de Galata, la explosión que obstruía la entrada al *Cuerno de Oro* fue rota y los barcos de los cruzados se apresuraron a penetrar en la bahía y, al mismo tiempo, las murallas de la ciudad fueron atacadas desde tierra firme; encontrando desesperada aun cuando inútil resistencia de las tropas destacadas en la fortaleza, no pudieron impedir que ella fuera derribada el 17 de julio de 1203, al grado de que el emperador Alejo III huyera con el tesoro imperial y las joyas de la corona. De ahí que se restauró en el trono a Isaac II, coronándose como co-emperador a su hijo Alejo IV. Así se mantenía un gobierno bizantino, cuando los cruzados acampaban afuera de las murallas de Constantinopla.

Finalmente, en enero de 1204 tuvo lugar la revuelta de esta ciudad, que no sólo costó el trono, sino también la vida a Alejo IV, muriendo poco después su padre en prisión. Como consecuencia de estos acontecimientos

66 Ostrogorsky, George, *op. cit.*, nota 64, en cuya traducción del alemán al inglés aparece el nombre del río en los términos en que lo señalamos pp. 405-407; sin embargo, Henri Pirenne, *op. cit.*, nota 11 de la versión española que mencionamos, señala el nombre del río, tal como lo incluimos dentro del paréntesis. p. 208.

67 *Idem.*

tos, el trono imperial se entregó a Alejo V Ducas Murtzuphlus, yerno de Alejo III y marido de Eudocia, que había sido la esposa del gobernante Servio.<sup>68</sup>

George Ostrogorsky concluye el relato del periodo en el que estamos empeñados, señalando que en la caída de Bizancio, el elemento anti-latino había sido el que había logrado obtener el triunfo; pero que éste sólo había apresurado el acto final de esa tragedia, dado que los cruzados preparaban una nueva batalla en contra de la capital bizantina, con la intención no sólo de tomarla, sino para establecer en ella su propio gobierno sobre las ruinas del Imperio bizantino.

Para llevar adelante los planes antes consignados, en marzo de 1204, tras las murallas de la capital y con la participación de Venecia como potencia decisiva, entonces gobernada por el duque Dándolo, a quien solo le interesaba el aniquilamiento total del Imperio griego,<sup>69</sup> los cruzados elaboraron un tratado con detalladas cláusulas para el desmembramiento del Imperio vencido y la fundación de otro latino en Constantinopla. Por ello, la tormenta se desató con las inevitables consecuencias, ya que el 13 de abril de 1204, la capital bizantina cayó ante la superioridad de las fuerzas de sus enemigos. Los conquistadores entraron en la ciudad, que había permanecido inviolada desde los días de Constantino El Grande, no obstante que anteriormente había resistido los poderosos asedios de los persas y árabes, como también de los ávaros y búlgaros, ahora sucumbía víctima de los cruzados y venecianos.

Durante tres días el pillaje y las masacres se prolongaron en la metrópoli. Los invaluable tesoros de lo que era entonces el gran centro de la civilización mundial, fueron derrochados entre los conquistadores y muchos fueron destruidos en actos de gran barbarie. En confirmación de esa referencia, Ostrogorsky, en nota de pie de página, anota que Joffrois Villehardouin, que fue el historiador de la Cuarta Cruzada, escribía en su obra, *La conquista de Constantinopla*, que a partir de la creación del mundo jamás se había tomado un botín tan grande de una ciudad.

A la afirmación anterior, el mismo historiador antes señalado agregaba que aún los sarracenos eran misericordiosos y bondadosos, en comparación con estas criaturas, que portaban la cruz de Cristo sobre sus hombros. Obviamente, a la división del botín le siguió la división del Imperio

68 *Ibidem*, p. 416.

69 Goetz, Walter *et al.*, *op. cit.*, nota 65, pp. 236 y 237.

bizantino, que estampó su sello en el colapso, y que por más de medio siglo tuvo que hacerse cargo de la labor de reconstrucción en las provincias exteriores del mismo.<sup>70</sup>

### C. *El Imperio latino*

En los términos pactados en el tratado de paz que se concertó al caer derrotado el Imperio bizantino, correspondió al duque de Venecia Enrico Dandolo, implementar los acuerdos; el primero de ellos exigía la elección de un emperador por un colegio electoral, compuesto por seis francos y seis venecianos. Al reunirse tales representantes, parecía que su decisión favorecería al gobernador provincial Bonifacio de Montserrat, quien fuera inicialmente el jefe de los ejércitos de los cruzados. Sin embargo, el propio duque, que representaba a un grupo compacto, prefirió elegir a un personaje que fuera menos prominente como el conde Balduino de Flandes, a quien —en 16 de mayo— se coronó en Santa Sofía como gobernante del Imperio latino de Constantinopla (1204-1205); iniciase con él la dinastía que tuvo a su cargo la atención de los asuntos públicos del gobierno.

Por su parte, Bonifacio de Montserrat tomó posesión de Tesalónica e instaló ahí un reino, que incluía los territorios vecinos de Macedonia y Tesalia. El historiador Ostrogorsky relata que los sucesores de Balduino fueron Enrique de Flandes (1206-1216), Pedro de Courtenay (1217), Yolanda (1217-1219), Roberto de Courtenay (1221-1228), Balduino II (1228-1231) y Juan de Brienne (1231-1237).<sup>71</sup>

### D. *El Imperio de Nicea*

Como consecuencia de la derrota padecida por el Imperio bizantino, dentro de lo que fue su orgulloso territorio, se manifestaron diversas soberanías feudales, grandes y pequeñas, que seguían el modelo occidental, aun cuando quedaron bajo el control griego algunos sectores territoriales como el de Epiro que se dejó bajo el déspota Miguel Angeli; y en el Mar Negro se constituyó el reino de los Comnenos mayores, a cargo de los

<sup>70</sup> Ostrogorsky, George, *Ibidem*, p. 417. En la misma página aparece transcrita la frase de Villehardouin de la que damos cuenta.

<sup>71</sup> *Ibidem*, pp. 422-423 y 581.

hermanos David y Alejo, asentados en Sinone y Trebisonda. Por su parte, el Papa Inocencio III levantó la excomunión con la que había sancionado a los cruzados en su campaña contra cristianos.<sup>72</sup>

De una manera semejante, Teodoro Lascaris concertó una alianza con los búlgaros y constituyó un nuevo Imperio griego, para cuya capital escogió Nicea, que en aquel momento constituyó un lógico refugio para aquellos griegos que se habían quedado sin patria. De ahí que Teodoro I<sup>o</sup>. se convirtió en el jefe de su gobierno (1204-1222). El sucesor fue Juan Ducas Batzases (1222-1254), quien fue un excelente diplomático y jefe militar, que logró reconquistar la zona norte de la provincia balcánica. A éste le sucedió Teodoro II Lascaris (1254-1258) y a su vez, Juan IV Lascaris se hizo cargo del Imperio (1258-1261), a quien reemplazó Miguel VIII Paleólogo (1259-1282), al que un golpe de Estado había puesto de corregente con Juan, —hijo menor de edad del emperador—, que evidentemente tiempo después se hizo soberano único y es el fundador de:

### E. *La dinastía de los Paleólogos*

Que en 15 de agosto de 1261 recuperó Constantinopla, a la que el propio Miguel VIII entró por la antigua *vía de los triunfadores*. La referencia histórica recopila que la dinastía fue continuada por Andrónico II, (1282-1328) y, posteriormente, por Andrónico III (1328-1341), por Juan V (1341-1391); por Juan VI Cantacuzeno, que es el único que no lleva el nombre de la dinastía (1347-1354); por Andrónico IV (1376-1379); por Juan VII (1390); por Manuel II (1391-1425); por Juan VIII (1425-1448); y culminándola Constantino XI (1449-1453),<sup>73</sup> a quien correspondió ser el último soberano de Bizancio.

## X. EL SURGIMIENTO DEL ISLAM

En las páginas anteriores hemos considerado que *el Imperio latino* tuvo corta vida, ya que de acuerdo con el tratado de paz concertado, los cruzados obtuvieron extensos territorios en la zona sur-oriental de Europa; correspondieron a Venecia las tres octavas partes de esas extensio-

<sup>72</sup> Goetz, Walter *et al.*, *op. cit.*, nota 65, p. 237.

<sup>73</sup> Ostrogorsky, George, *op. cit.*, nota 64, pp. 578-581 y Goetz, Walter *et al.*, *ibid.*, nota 65, pp. 240 y 241.

nes y el resto fue repartido entre el nuevo rey Balduino y los barones francos. Sin embargo, si bien es cierto que los bizantinos habían sido expulsados de Constantinopla, también lo es que lograron reagruparse en dos áreas principales: la de Epiro —en la costa occidental de Grecia— y la de Nicea —en el Asia Menor—, mientras que los monarcas europeos se sentían cada día más distanciados de las tierras conquistadas, a las que se abstendían de enviar refuerzos militares. Ello propició que a fin de cuentas, los bizantinos pudieran recuperar Constantinopla en el año 1261.<sup>74</sup>

Al prestar atención a la expansión del Islam —no sin sorpresa—, Henri Pirenne destaca que no existe en los registros históricos un hecho que le resulte comparable, tanto en la universalidad como en la celeridad de sus consecuencias, al de la notable rapidez de su crecimiento y propagación, así como a la gran extensión de sus conquistas, pues se conoce ciertamente que Mahoma nace en la Meca apenas cuatro años después de la muerte de Justiniano. A los cuarenta años se atribuye la condición de profeta y proclama la religión del Corán, decidiéndose —entonces— a unificar bajo un Dios y un solo rey, al invencible espíritu y virtudes primitivas de los árabes.<sup>75</sup>

Apenas a partir de la muerte de Mahoma (632), necesitó apenas del transcurso de sesenta años, para extender el poder de su pueblo desde el Mar de China hasta el Océano Atlántico; advirtiendo el relator que todo ello ocurrió, en razón de que nada se le resistió. En efecto, de golpe derribó al Imperio persa (637-644); después arrebató al Imperio bizantino todas aquellas provincias a las que pone sitio, como ocurrió con Siria (634-636), Egipto (640-642), África (698) y España (711), que quedan sometidas a la obediencia política y religiosa del poderoso califa de Bagdad, que posee la inspiración que le da la doctrina de un profeta que nació de entre ellos: obedecer a Alá y someter a su obediencia a los infieles. Sus creyentes viven estimulados por su convicción o fanatismo religioso. Su religión fue la base que apoyó la estructura política de su unidad.

La pausa sobrevendría —como anteriormente se señaló— hacia los comienzos del siglo VIII, en 732 por las llanuras de Poitiers ante el ejército

74 Holmes, George *et al.*, *The Oxford History of Medieval Europe*. Denley, Peter, *The Mediterranean in the age of Renaissance, 1200-1500, Rome, Byzantium and the muslim world, op. cit.*, nota 62, pp. 237-240.

75 Gibbon, Edward, *The decline and fall of the roman empire*, an abridged version, edited and with an introduction by Dero A. Saunders, Penguin Books, First published in the United States of America under the title *The portable gibbon* by the Viking Press 1952, published in Penguin English Library 1981, reprinted in Penguin Classic 1985, pp. 652 y 653.

de Carlos Martel. Sin embargo, desde el siglo anterior hasta el XI, el pueblo árabe se ha convertido en el amo del Mediterráneo y los puertos que construye: El Cairo, para reemplazar a Alejandría, Túnez y Keruán son los grandes centros comerciales que se encuentran bajo su control. Ante esa situación, la navegación cristiana se limita a un discreto cabotaje concentrado en las costas del Adriático, de la Italia del sur y entre las islas del Archipiélago, pues todas las grandes vías marítimas pertenecen a los musulmanes. Ello impuso que se resquebrajara la unidad europea que había existido sobre el *mare nostrum*.<sup>76</sup>

En la adecuada consideración de los hechos referidos en los dos párrafos precedentes, es indispensable tomar en cuenta — a la vez — que mientras el poder de los cruzados en Tierra Santa se debilitaba, por su parte, fuerzas de los musulmanes empezaban a cernirse hacia los territorios ocupados por los cristianos; pudo advertirse que hacia la primera mitad del siglo XIII, se habían encontrado con los movimientos confusos y desordenados del mundo musulmán, pues en efecto, *la dinastía Ayyubid*, establecida en El Cairo por Saladino, nunca fue un estado fuerte y centralizado, sino más bien una federación que se encontraba negociando y llegaba a concertar acuerdos con los cruzados, quienes se aprovechaban de la ventaja que les daba la falta de unión de sus adversarios. A la vez, el califato de Abbasid establecido en Bagdad, era más débil; pero la mayor significación que afligía al mundo musulmán, eran los impactos que le causaban las invasiones mongólicas, las cuales en 1220 habían destruido el estado de Khwarazm — tomando Bukhara y Samarcanda — y que en 1241 habían destrozado a Hungría, hasta llegar a la costa Dálmata. Dos años después, atacaron también Asia Menor y así como sorpresivamente aparecían, también desaparecían.<sup>77</sup>

En 1250, una vez que se había desarticulado en el delta del Nilo la cruzada del rey Luis IX, se amotinó el ejército egipcio y resultó asesinado el sultán. Así concluyó la dinastía de los Ayyubid, que fue reemplazada por la de los Mamluks; pero cinco años después reaparecieron los mongoles, que llegaron a apoderarse de Bagdad en 1258, logrando ocupar Damasco con el auxilio de los cristianos. Sin embargo, en septiembre de ese mismo año fueron derrotados en la batalla de Ain Jalut — en la misma Palestina — por los Mamluks, que les permitió establecer el control en Siria, así

76 Pirenne, Henri, *op. cit.*, nota 11, pp. 35-39.

77 Holmes, George *et al.*, *ibid.*, p. 244.

como con tal golpe, dejar definida la condición del mundo musulmán. De ahí en adelante, los Estados cristianos quedaron condenados, ya que el nuevo sultán Baybars, que era un fanático militar, se lanzó en contra de las poblaciones y fortalezas controladas por los cruzados, apoderándose de cada una de ellas. Así, en 1265 tomó Cesarea, Haifa y Arsuf; al año siguiente Safad —y con ella Galilea— y, en 1268 Jaifa y Beirut; llegó a ampliar su acción brutalmente hacia el norte, donde saqueó Antioquía, continuando en 1271 contra los castillos y refugios de Krak des Chevaliers y Akkar. Luego, ofreció una tregua estratégica de diez años, que resultó aceptada y renovada en 1281 por su sucesor, Kalavun; pero cuando éste fortaleció sus ejércitos, marchó contra Trípoli, a la que capturó en 1289. Dos años después, con la caída de Acre y la evacuación de las guarniciones que se mantenían y de todas las poblaciones, las ocupaciones cristianas ultramarinas tocaron a su fin, ya que se habían rendido ante fuerzas superiores.<sup>78</sup>

## XI. LA CAÍDA FINAL DE CONSTANTINOPLA

Por su parte, Mahoma II —a quien la historia califica como *El Conquistador*— se había convertido en sultán de su pueblo y su primer gran objetivo era apoderarse de Constantinopla, ya que ésta se encontraba en el corazón del territorio otomano, de manera que dividía las posesiones turcas de Europa con las de Asia. Por tanto, su voluntad era constituir a la gran ciudad en el centro de su poderoso Imperio.<sup>79</sup> De ahí que estratégicamente, levantó un castillo llamado Rumili Hissar, que se localizaba en la entrada norte del estrecho del Bósforo, que por su ubicación geográfica podía cerrar y bloquear el acceso a todos los navíos.

Ante esa situación, el monarca bizantino, Constantino XI Paleólogo, pudo percatarse del riesgo inminente que resultaba, preparándose militarmente con escasos millares de hombres, para afrontar todas las contingencias. En esas circunstancias, a principios de abril de 1453, reunido el poderoso ejército de doscientos cincuenta mil musulmanes, comandados por el sultán se presentó con cerca de trescientos navíos —muchos de ellos improvisados— frente a las murallas de Constantinopla.<sup>80</sup>

78 *Ibidem*, pp. 244 y 245.

79 Ostrogorsky, George, *op. cit.*, nota 64, p. 567.

80 Goetz, Walter *et al.*, *Historia universal. La Edad Media hasta el final de los Staufen (400-1250)*, *op. cit.*, nota 4, p. 248.

Por el otro lado, de acuerdo con el relato de George Ostrogorsky, apenas se encontraban quinientos griegos y aproximadamente dos mil soldados extranjeros, de los cuales el principal contingente de occidentales consistía de setecientos genoveses, que acababan de llegar a la ciudad en dos galeones, por lo que dicho historiador calcula que la superioridad numérica de la fuerza atacante, ante aquella de los defensores, era superior al cálculo de diez a uno; lo que determinaba que la capacidad defensiva no radicara en el valor de sus hombres, sino en la posición estratégica de la propia ciudad y en la dimensión de sus murallas, que tanto Juan VIII como Constantino XI, se habían ocupado de mantener en buenas condiciones. Por su parte, los atacantes habían adquirido nuevas armas, jamás soñadas, particularmente en el renglón de la artillería.<sup>81</sup>

Sin embargo, en el triángulo que figuraba la gran urbe, los dos lados que se prolongaban por el mar resultaban inaccesibles a cualquier enemigo y, entre los dos costados marítimos, la base terrestre del triángulo se encontraba fortificada por una doble muralla y un foso con una profundidad de aproximadamente treinta metros; eran instalaciones que se prolongaban cerca de diez kilómetros y contra ellas los otomanos dirigieron su ataque principal. En cuanto al emperador, tenía en la plaza una guarnición de siete a ocho mil soldados, para defender las murallas de la capital y apenas pudo reclutar cerca de cinco mil voluntarios más que se aprestaron a colaborar en la defensa, para la cual ordenó se apostaran en las posiciones principales; y personalmente, el mismo emperador, se encargó de la defensa de la muralla externa.

Una vez que se iniciaron los ataques tanto por tierra como por mar, los invasores encontraron tenaz resistencia durante varias semanas por parte de los defensores; pero después de un sitio de cuarenta días en los que los destacamentos de los defensores estaban exhaustos, así como las fortificaciones se hallaban desmanteladas y presentaban numerosas brechas —lo que hacía razonables las negociaciones para concertar un tratado de paz— éste finalmente fue rechazado, ya que el sultán declaró su decisión final: encontrar un trono o una tumba bajo las murallas de Constantinopla. Por la otra parte, el sentimiento del honor y el temor de un reproche mundial, impedía al monarca Paleólogo el entregar la ciudad en manos de los adversarios y ello le hizo confrontar los últimos extremos de la batalla.<sup>82</sup>

81 Ostrogorsky, George, *op. cit.*, nota 66, pp. 569 y 570.

82 Gibbon, Edward, *op. cit.*, nota 75, pp. 671 y 672.

Para aproximarse al momento culminante de aquellos acontecimientos bélicos, el historiador Edward Gibbon agrega que después de varios días, empleados por el sultán para preparar el último asalto, encontró una respuesta favorable en los astros, que le señalaron el veintinueve de mayo como la hora afortunada y fatal. Para dirigirse a ella, al anochecer del día veintisiete expidió sus ordenes finales, y al alba de la fecha esperada, los turcos asaltaron la ciudad por tierra y mar; debe considerarse que en la escena de horror que genera un ataque general, todo es sangre y confusión.

En esas circunstancias, se calcula que el número de los otomanos era cincuenta o quizás cien veces superior de aquel de los cristianos y la doble muralla fue reducida por los impactos del cañón a un montón de ruinas; desde luego, en un circuito de varios kilómetros, era evidente que algunos de sus lugares fuera encontrado como más fácil de penetrar o con menor resguardo. Finalmente, vencida la tenaz resistencia, sucumbieron, como también le ocurrió a la vida del propio monarca defensor, ante las acometidas de las huestes del sultán. A partir de ese momento, se desenfrenó la voraz rapiña y el desorden que prevalecieron desde la primera hasta la hora octava, cuando el sultán rebasó en triunfo la puerta principal de la ciudad y al llegar al templo de la Santa Sofía, desmontó de su cabalgadura y entró solemnemente en ella.<sup>83</sup>

En las observaciones de Gibbon, podemos tener en cuenta el relato luminoso de la *miniatura histórica* que la gran literatura del siglo XX debe a Stefan Zweig, con su magnífica referencia a lo que él denomina *momentos estelares de la humanidad*, en cuya presentación explica la analogía que existe entre el artista y el historiador; por corresponder al primero, en la continuidad de su existencia, la aparición de ciertos *raros* pero extraordinarios momentos, en los que percibe en lo más profundo del interior de su ser, el numen sutil y secreto que le trasmite el soplo magnífico de la inspiración; y propiamente a la historia, como cronista de todos los tiempos, el lograr enlazar las centurias en las que se manifiesta la existencia humana, con la permanencia de su continuidad creadora, en la que día tras día, se dan sucesos que —aparentemente sin importancia o significación— se convierten en instantes impregnados de una trascendencia sublime, imposible de anticipar.

Así ocurre con los que el mencionado escritor y artista, denomina *momentos estelares de la humanidad*, que en realidad entraña la conjugación

83 *Ibidem*, pp. 672, 675, 677-685.

de los tiempos —segundos, minutos, horas, días y años— que sólo al culminar revelan el verdadero sentido de su acaecer, ya que ese instante que en su primera apariencia se muestra como insignificante, va a producir una trascendencia histórica, que logrará tener repercusiones en la senda de los siglos y en el rumbo que a ella le corresponderá. De ahí que en la selección de las miniaturas históricas que Zweig presenta, incluye entre esos *momentos estelares* la conquista de Bizancio, con el dramático acontecer que le caracteriza.

En la consideración de los hechos de los que hemos dado cuenta en párrafos anteriores, el cronista tiene presente que ante el huracán que significa la presencia del ejército otomano en la llanura de Bizancio, a la capital del Imperio sólo le queda el poder de la resistencia de sus murallas, que era —como lo hemos advertido— una fortificación triangular considerada como inexpugnable; tal idea sugerían los flancos existentes frente al Mar de Mármara y la bahía del *Cuerno de Oro*.

Así, después de las seis semanas del constante asedio, llega el momento final, ya que ambos jefes de los adversarios —emperador y sultán— saben que la llegada de ese día —29 de mayo— sería decisivo para la historia de los siglos futuros. En tal empeño, apenas a la una de la madrugada, el sultán da la señal para iniciar el ataque. En el transcurso de las trágicas horas del combate acaecen las más diversas alternativas, pues en la sucesión de las horas, los acontecimientos cambian constantemente de perfil; tal parece que finalmente los defensores van a resistir y lograr hacer retroceder a los agresores.

*La decisión se enfrenta a la desesperación, y durante un instante aún parece que Bizancio se va a salvar; la más extrema desesperación ha conseguido repeler el más feroz de los ataques. Pero entonces acontece una trágica casualidad, uno de esos enigmáticos incidentes que a veces provoca la Historia en sus inescrutables resoluciones. Ocurre algo incomprensible. Por una de las múltiples brechas de las murallas exteriores han entrado unos cuantos turcos, no lejos del lugar donde se desarrolla lo más fuerte de la lucha, y no se atreven a atacar la muralla interior. Mientras, curiosos y sin ningún plan determinado, vagan por el espacio que media entre la primera y segunda muralla de la ciudad, descubren que una de las puertas menores del muro interno, la llamada Kerkaporta, ha quedado abierta por un incomprensible descuido. Se trata de una pequeña puerta por la cual entran los peatones en tiempos de paz durante las horas que permanecen cerradas las mayores, y precisamente porque carece de la menor*

*importancia militar, se olvidó su existencia durante la excitación general de la última hora. De momento sospechan los jenízaros que se trata de un ardid de guerra, ya que no conciben por absurdo que mientras ante cada brecha y cada puerta de la fortificación yacen amontonados millares de cadáveres, corre el aceite hirviendo y vuelan las jabalinas, se les ofrezca allí libre acceso, en dominical sosiego, por esta puerta, la Kerkaporta, que conduce al corazón de la ciudad. Por lo que pudiera ocurrir, piden refuerzos y, sin hallar ninguna resistencia, la tropa penetra en el interior de Bizancio, atacando por detrás a sus defensores, que jamás hubieran sospechado tamaño desastre. Unos cuantos guerreros descubren a los turcos detrás de las propias filas y de un modo aterrador surge el grito que en cualquier batalla resulta más mortífero que todos los cañones, sea o no la divulgación de un falso rumor: <¡La ciudad ha sido tomada!> Los turcos repiten aquellas terribles palabras con estentóreas voces de triunfo tras las líneas de los sitiados: <¡La ciudad está tomada!> y este grito acaba con toda la resistencia. Las tropas, que se creen traicionadas, abandonan sus puestos, para salvarse a tiempo acogiéndose a los barcos. Resulta inútil que Constantino, con algunos incondicionales, haga frente a los atacantes. Como otro combatiente cualquiera, cae en el fragor de la batalla, y ha de llegar el día siguiente para que, por su purpúreo calzado, que ostenta un águila de oro, se pueda reconocer entre los apilados cadáveres de los heroicos defensores de Bizancio al último emperador, que honrosamente dio su vida, perdiendo al mismo tiempo con ella el Imperio romano de Oriente. Un hecho insignificante, el que la Kerkaporta, la puerta olvidada, estuviese abierta, decidió el rumbo de la Historia... Espantoso eco encuentra la noticia en Roma, en Génova, en Venecia. Como el retumbar del trueno se extiende a Francia, a Alemania, y Europa ve, conturbada, que por culpa de su ciega indiferencia ha penetrado por la Kerkaporta, la malhadada y olvidada puerta, una nefasta y devastadora potencia que debilitará sus fuerzas por espacio de siglos. Pero en la Historia —como en la vida humana— el deplorar lo sucedido no hace retroceder el tiempo, y no bastan mil años para recuperar lo que se perdió en una sola hora.<sup>84</sup>*

La caída de la gran urbe estaba consumada y ella fue el final del Imperio bizantino, que así dejó de existir. El símbolo del cristianismo ortodoxo con la iglesia de Santa Sofía convertida en mezquita turca y Constantinopla se transforma para convertirse en la capital del Imperio del conquistador. El historiador Ostrogorsky culmina su exposición manifes-

84 Zweig, Stefan, *Momentos estelares de la humanidad (Doce miniaturas históricas)*, Barcelona, Editorial Juventud, S.A., 1a. ed. en lujo, marzo de 1958, pp. 50-56.

tando que la influencia de la cultura bizantina tuvo marcadas consecuencias tanto en Oriente como en Occidente; considera que a través de ella, la antigüedad greco-romana sobrevivió a las edades, en razón de que Bizancio fue el donante y el Occidente su beneficiario. El aserto anterior se confirmó durante el Renacimiento, cuando se manifestó un gran interés en el conocimiento de la civilización clásica y nuestro hemisferio encontró que ello podía satisfacerse examinando los tesoros de los tiempos precedentes en las fuentes bizantinas, ya que en ellas se había preservado esa herencia y, al hacerlo, se había satisfecho su misión en el mundo de la historia, pues había salvado de la destrucción, el derecho romano, la literatura griega, su filosofía y aprendizaje, de manera que esta herencia invaluable pudiera transmitirse a la gente de la Europa occidental que ya estaba lista para su recepción.<sup>85</sup>

85 Ostrogorsky, George, *op. cit.*, nota 64, p. 572.